



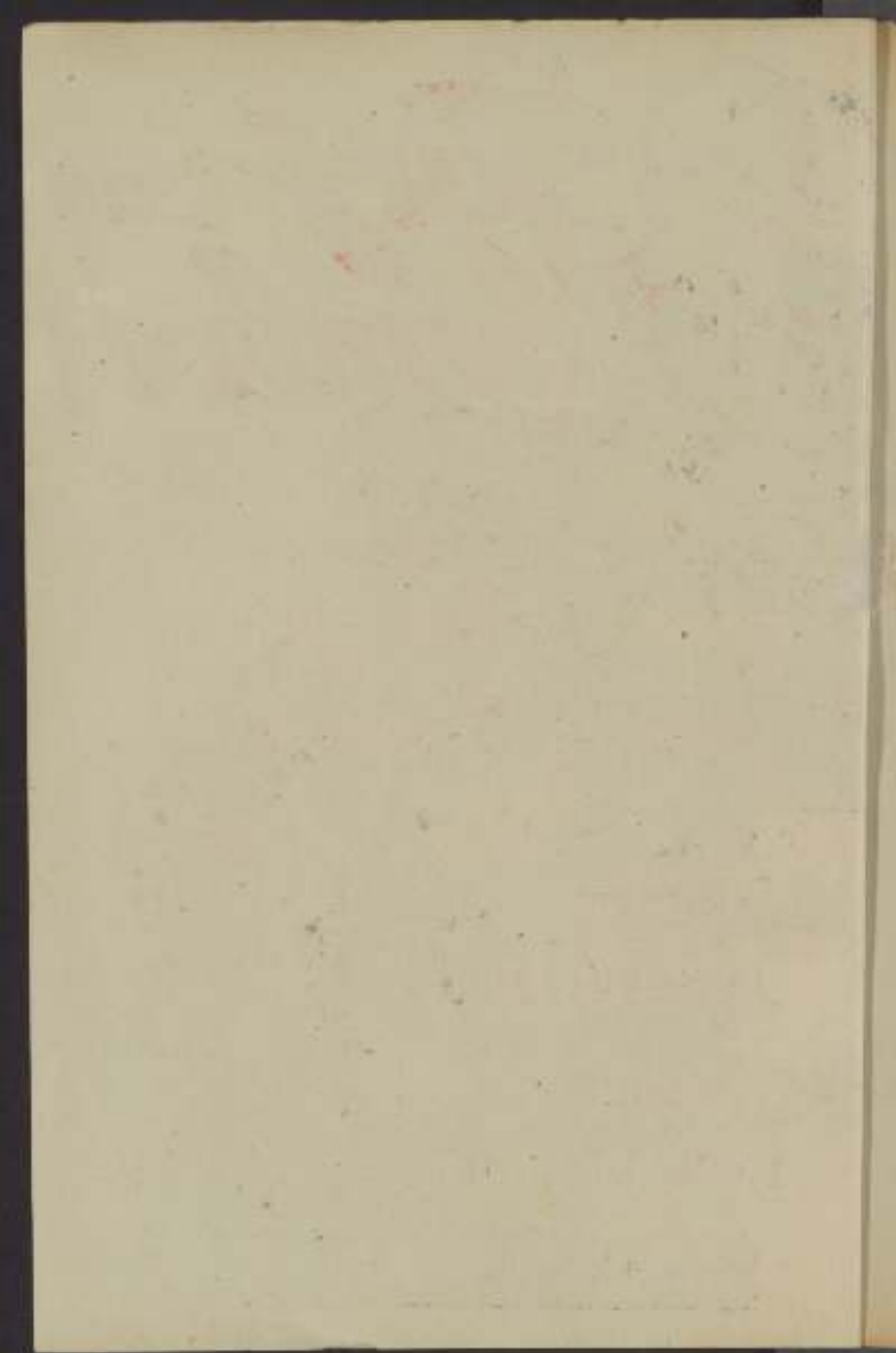
# Forja de hombres

SERIE ALFA

EDICIONES  
BIBLIOTECA  
FILMS

Spencer  
Tracy  
Mickey  
Rooney

editorial "alas"





FORJA DE  
HOMBRES



---

Reservados los derechos de  
producción y reproducción

---

IMPRENTA COMERCIAL - MAS y SALA, S. L.  
Valencia, 234 - Teléfono 70657  
BARCELONA

# EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROMOTOR: RAMÓN SALA VERDAGUER

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES:

Varecia, 234 - Apartado Correo 701 - 1081. 70367 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería

Barbosa, 16, Barcelona-Turín, 17, Madrid

EDITORIAL

"ALAS"



AÑO XVI

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

SERIE ★ ALFA

NUM. 42

NUM. 276

## FORJA DE HOMBRES

**S**UBLIME personificación del padre Flanagan, simbólica figura impregnada de humanidad, apóstol veraz de la caridad cristiana, voluntad férrea y animado de inquebrantable fe. A costa de infinitos sacrificios aparta del pecado a toda una generación de niños acechados por todas las perversiones. Delincuentes del mañana a quienes, con amor y aliento, convierte en ciudadanos honrados. La lucha de este gran hombre para apoderarse de las almas infantiles y conducir las por el sendero del bien es esta emocionante narración.

Sublime creación del pequeño artista  
**MICKEY ROONEY**

PRODUCCIÓN:



PARAMOUNT

INTERPRETES PRINCIPALES

Padre Flanagan . . .	SPENCER TRACY
Whitey Marsh . . .	MICKEY ROONEY
Davies . . . . .	Henry Hull
Joe . . . . .	Edward Norris

Septiembre 1943

Narración literaria de  
MANUEL NIETO GALAN





# FORJA DE HOMBRES

RESUMEN ARGUMENTO  
DE LA PELÍCULA

*El niño malo no existe*

## UN CONDENADO A MUERTE

SOMBRIA, con frío de muerte en sus muros, la prisión donde se hallaba Dan ofrecía el aspecto lúgubre de los grandes caserones en los que raramente se asoma el sol. El amplio patio se hallaba rodeado de celdas pequeñas, cerradas con una pequeña puerta de gruesos barrotes, y en el interior de cada una de estas celdas se hallaba un recluso, esperando el momento de verse en libertad o el de ser condenado definitivamente.

En una de aquellas celdas se hallaba Dan, a quien los jueces habían condenado a muerte, y esperaba el momento de la ejecución como una liberación a los sufrimientos que la misma espera le causaban.

Uno de los carceleros entró en la celda que él ocupaba y, mirándole fijamente, como si quisiera adivinar sus pensamientos, le dijo:

—Bueno, me dicen que deseas confesarlo todo. ¿Es cierto?

Dan hizo un signo afirmativo con la cabeza, y el carcelero volvió a decir:

—Eso será un alivio para el jurado. He llamado a la Prensa para que oiga tu confesión, y al juez que te condenó.

El condenado miró despectivamente a su carcelero. Había en su mirada un gesto como de desprecio a cuanto le rodeaba, y encogiéndose de hombros, como el hombre para quien nada tiene ya importancia en la vida, respondió:

—El único que me importa es el

Gran Juez. Quiero ponerme bien con Dios... ¿No ha venido el padre Flanagan? Le hice llamar.

—Sí—contestó el carcelero—. Ahora le haré pasar.

Y, en efecto, segundos después, entraba el padre Flanagan, uno de esos benditos sacerdotes, convencido de que su única misión en la tierra era la de hacer el bien al prójimo, sin pensar en sí mismo.

Cuando Dan le vió entrar corrió a su encuentro y le preguntó ansiosamente:

—Padre, ¿cuánto tiempo me queda?

El buen sacerdote intentó animarlo, poniéndole las manos sobre los hombros, y le respondió bondadosamente:

—Dan, la eternidad empieza dentro de cuarenta y cinco minutos.

—¿Y qué hay después de la muerte?—preguntó el condenado.

—¡Oh, Dan! Ese es el más impenetrable de los misterios.

—¿A usted le asustaría morir?—siguió interrogándole el preso, con ese afán de encontrar un consuelo.

El padre Flanagan movió negativamente la cabeza y le contestó:

—A mí, no. Siempre me arrepentí de mis errores y procuré repararlos. Por eso, a mí, la muerte, cuando Dios me la envía, me encontra-

ré tranquilo y dispuesto a recibirla.

Las palabras del Padre causaron en el condenado un sentimiento de alivio. Dió unos pasos por la celda y volvió de nuevo adonde estaba el sacerdote, preguntándole:

—¿Se arrepentiría de haber matado a un miserable?

—Dan—le dijo el padre Flanagan— La vida y la muerte deben dejarse en manos de aquel que las creó. El sólo puede disponer de ellas y nosotros acatar su santa voluntad.

Volvió a entrar el carcelero y le anunció al preso:

—Dan, va a entrar el señor Wellington. Su diario le defendió.

En efecto, el señor Wellington, editor de un importante diario, entró, seguido del juez y de unos periodistas, a quienes les dijo:

—Señores, este hombre quiere reconocer su deuda con el Estado.

—¿Mi deuda con el Estado?—preguntó con cierta indignación el reo—. Oiganme y sabrán mi historia.

Hizo una pequeña pausa, como si quisiera recordar sus primeros años de la niñez, y al fin les dijo:

—A los doce años quedé huérfano de madre. Tuve que dormir en el arroyo y comer cuando podía, hasta que ingresé en un Reformatorio. No encontré allí el cariño que me



faltaba, y al salir de él formamos una banda entre seis muchachos... Uno de ellos resultó un «soplón» y lo «despaché». Por eso me condenan. Pero si yo hubiera tenido un buen amigo a los doce años, no me vería como me veo... Ya lo saben todo. Ahora déjenme solo... ¡Fuera de aquí!... No quiero hablar más...

La actitud del preso era intranquilizadora. Sus nervios se habían desatado y parecía presa de una tan extraordinaria excitación, que salieron todos de la celda menos el padre Flanagan, que comprendía que su presencia allí era necesaria. Era preciso que aquel hombre tuviese un momento de sincero y cristiano arrepentimiento, y nadie mejor que él para conseguirlo.

Dejó que se tranquilizara un poco y se acercó a él, diciéndole cariñosamente.

—Dan, ¿has reflexionado sobre lo que te decía antes?... ¿Sobre el arrepentimiento que debemos tener de nuestros errores?

Era tanta la dulzura de su voz, tan cariñosas sus palabras, ponía tanta convicción en su acento, que el preso se sentía sobrecogido en presencia de aquel hombre de una bondad tan extraordinaria. Quedó en silencio durante algunos segundos y el sacerdote aguardó, con la esperanza de que sus palabras hu-

biesen profundizado en el alma del reo y que al fin se arrepintiese de sus pecados.

Dan, mientras tanto, sostenía una lucha interna superior a sus fuerzas. Las palabras del sacerdote habían hecho mella en su alma y sentía como un bálsamo bienhechor que le hacía más llevadera su pena. Por fin no pudo contenerse más. Se oyeron unos sollozos y el sacerdote acudió a él, ofreciéndole su pecho para que descansara. El reo se apoyó en él y le confesó:

—Padre... Me arrepiento de todos mis errores... Me arropio con toda mi alma.

—Gracias, Dios mío... Tu santa voluntad sea cumplida.

Y cuando una hora después regresaba al pueblecito donde vivía, el padre Flanagan se repetía mentalmente aquellas palabras del condenado: «A los doce años»... «Un amigo»... «Hambriento y solo»... Y la palabra «Reformatorio» sonaba tan malamente a sus oídos, que comprendió, más que nunca, cuánta razón tenía él en querer llevar a cabo su idea de crear y sostener aquel refugio donde los niños pudiesen tener un hogar amable y al que amasen.

Precisamente, media hora antes de llegar el sacerdote al pueblo, entre los chiquillos callejeros se había

originado una reyerta. Hubo golpes, bofetadas, y alguna que otra piedra silbó por el aire y vino a dar contra la luna del escaparate de un tal Daves. La Policía corrió tras los muchachos; pescó a algunos de ellos y cuando el padre Flanagan fué en busca de los chiquillos salió a su encuentro Daves, diciéndole:

—Flanagan, esos diablitos y tu Refugio, han arruinado el barrio.

El padre Flanagan se dió cuenta de la pelea que habían tenido los chiquillos y pensó que, tal vez, aquellos muchachos, recogidos y educados de otra forma, llegarían a ser hombres honrados y huirían de aquel desgraciado camino que tenía que recorrer Dan.

Salió cabizbajo y se fué hacia una especie de comedor de pobres que él tenía establecido, y al entrar se dió cuenta de que todos bebían alegremente, haciendo incluso mofa de los buenos sentimientos del sacerdote. Todos hablaban al mismo tiempo y la algarabía era enorme. Mas la presencia del padre Flanagan dió lugar a que aquellas voces se acallaran y que todos fueran descubriéndose respetuosamente.

El padre Flanagan, al verlos, comprendió cuán difícil era querer ordenar de nuevo las vidas de aquellos infelices. Todos sabían por qué ha-

bía ido a la ciudad, y cuando logró un silencio absoluto, les dijo:

—Oídme. Yo no fundé esto para que fuese un centro de diversión. Mi deseo era ayudarlos... Bien pronto será otro quien dirija esto... Yo me retiré...

Los pobres que se hallaban allí siguieron guardando silencio, sin atreverse a interrumpirle, y el padre Flanagan continuó:

—He estado con Dan Farrow antes de que lo... Llegué demasiado tarde para poder hacer nada por él, y creo que también lo es para hacerlo por vosotros. Que cada uno siga el camino que Dios le tiene trazado. Yo no puedo hacer ya nada...

Antes de que ninguno de los presentes supiera qué responderle, apareció un muchacho llorando amargamente y le dijo al sacerdote:

—Han cogido a mi hermano Jimmy... Por Dios, haga que lo suelten. También cogieron a Tommy y a mí me mandaron a casa...

—¿Y dónde está tu madre, Skinny?—le preguntó.

El chiquillo no se atrevió a responder por temor a tener que decir la verdad, y bajó los ojos al suelo. El padre Flanagan no quiso saber más. Su amor por los niños era tan grande, que le hacía olvidar inmediatamente todos los sacrificios que por ellos hacía, e inmediatamente

se fué adonde estaban aquellos chiquillos detenidos.

Encontró al juez, al tendero Davies Morrison y a otro comerciante que se llamaba Calatieri. El padre Flanagan intervino en seguida a favor de los chicos detenidos, queriendo hacer ver que eran inocentes, y el juez le preguntó:

—Por lo que usted dice, debe de saber quién rompió el escaparate.

—Ni yo, ni nadie lo puede saber. Nadie puede acusar a ninguno de estos chicos, puesto que fué una riña entre todos. Cualquiera de ellos lo pudo romper, pero ninguno tuvo intención de hacerlo.

—Será como usted dice, Padre, pero la misión del Tribunal es velar por el ciudadano honrado.

—Señor juez—volvió a insistir el padre Flanagan—, hace cinco horas que estos chicos fueron detenidos. Piense usted en una cosa. ¿Ha venido alguien, padres o parientes, a interceder por ellos?

El juez calló, sin saber qué responder, y el sacerdote aprovechó aquel silencio, para decirle:

—¿Me permite usted interrogar al señor Calatieri?

—Bien, hágalo. A ver qué saca con eso.

El sacerdote se acercó al comerciante y le preguntó:

—¿Está usted seguro de que fué

este chico el que le robó el salchichón?

—Sí — respondió el comerciante —. Yo le envolvi el salchichón y me dijo entonces: «Deme media docena de huevos»... Me vuelvo y ya no había salchichón ni estaba Tommy.

—Pero usted no vió a Tommy que le robara el salchichón, ¿verdad?

—No le vi, pero creó que mi salchichón no se fué solo...

—Pero usted no le vió.

—Sí... claro... verlo, no le vi...

—¿Ve usted?—exclamó el sacerdote, intentando sacar partido de aquella duda del comerciante—. Por su propio bien, hay que sacar a estos pilluelos de las calles.

—Sí, señor; y enviarlos al Reformatorio — terminó diciendo el comerciante.

—¿Y no se puede hacer otra cosa?

—¿Qué cree usted que se puede hacer? — preguntó extrañado el juez—. El salchichón es un hecho que voló y este hombre se queja, con razón.

Calatieri, que había comprendido las palabras del sacerdote y que temía le hiciera encima una petición de dinero para su Refugio infantil, se apresuró a decir, para librarse de la demanda del sacerdote:



—Les regalo el salchichón... Pero otra vez, por favor, que no me roben el importado.

El juez se quedó mirando al sacerdote, y al fin le dijo, sonriendo y comprendiendo su bondad:

—¿Qué gran abogado es usted!

—Es la verdad, señor juez. Y ahora, a menos que alguien identifique a quien tiró la piedra...

—A mí me rompieron el escarapate—exclamó Daves Morrison—. Son ochenta dólares que se van al diablo, es cierto, pero no puedo decir positivamente quién lo hizo.

En vista de que ninguno de los dos perjudicados hacía una acusación concreta, el juez le preguntó al padre Flanagan:

—¿Qué es lo que se propone usted?

—Que me deje asumir la responsabilidad sobre estos chicos.

—¿Usted?—preguntó extrañado el juez.

—Sí, señor. Yo prometo darles un hogar, educarlos y velar por su conducta.

El juez admiraba cada vez más la bondad de aquel hombre, y terminó diciéndole:

—Bueno, será echarse una cruz a cuestras..., pero accedo a su deseo. Les pongo en libertad bajo su custodia.

Los chicos quedaron inmediata-

mente en libertad y el padre Flanagan salió con ellos y acompañado de Daves, que le dijo, una vez en la puerta:

—Flanagan, eres muy bueno... Pero, ¿por qué no tratas, en vez de esos chicos, con personas decentes?

El padre Flanagan se le quedó mirando fijamente, y con cierto ironía le respondió:

—Trato contigo, Daves.

Uno de los chiquillos se acercó al Padre y le entregó un rompecabezas que tenía, y le preguntó:

—Padre, ¿quiere esto? La gracia está en ponerle los ojos al tigre.

El sacerdote recogió el regalo sonriendo y comprendiendo la voluntad del muchacho. Se volvió a su amigo Daves y le preguntó:

—Daves, ¿quieres llevarlos a tu tienda?

El tendero lo miró como quien cree que ha perdido el juicio. ¿Llevar él aquellos diablitos a su propia tienda? Iba a responder negativamente, pero el sacerdote no le dejó diciéndole:

—Tengo que ver al obispo.

Daves no se opuso ya. Subió al coche que tenía a la puerta y los chiquillos en la parte de atrás. Como sabía que el más malo de todos era Tommy, le dijo:

—Tommy, mejor será que te sientes a mi lado..., y pensándolo

bien, es mejor que os sentéis todos.

—Iré por ellos más tarde, Daves.

—Sí, procura llegar lo antes posible.

Partió Daves con todo el cargamento de chiquillos, y el buen sacerdote se fué a ver al obispo, de quien quería solicitar aquel hogar infantil que él había soñado.

## EL COMIENZO DE UNA GRAN OBRA

La bondad del Padre Flanagan era conocida, como es natural, por el obispo. Sabía éste el cariño que había sabido conquistarse de sus feligreses y sentía por el sacerdote un gran afecto. Admiraba su tesón para la obra emprendida, pero no tenía la seguridad de que pudiera realizarla, por lo que le dijo en aquella entrevista:

—Con el refugio esperaba usted hacer mucho bien, y ya ha visto el resultado. Ahora me solicita el permiso para algo más difícil y penoso. Comprendo sus buenos deseos, pero no puede ser. En cambio, voy a darle una parroquia.

—Todavía no... por favor—suplicó el sacerdote.

—¿Por qué no?... Pasaría lo mejor de su vida soñando, si le dejaran.

—Es que no estoy soñando, ilustrísima—respondió convencido el sacerdote— Sé con absoluta certeza que el niño malo no existe. El más discolo puede ser azotado por su madre, pero no le guardará rencor porque sabe que ella lo quiere.

—¿Y usted sabe lo difícil que es y las dificultades que ha de encontrar para realizar esa empresa?

—Las veo todas, ilustrísima, pero prefiero luchar contra ellas y vencerlas, a una parroquia—insistió el padre Flanagan.

Y ante esta decisión del buen sacerdote, el obispo comprendió que era inútil seguir insistiendo. Comprendía los buenos sentimientos que



anidaban en el alma de aquel gran hombre, pero así y todo hubo de responderle:

—Para todo eso necesita usted una ayuda económica y yo no puedo ayudarle. No disponemos de fondos para obras así... Lo único que puedo darle es mi permiso, y ése le tiene concedido.

—Gracias, ilustrísima — respondió el padre Flanagan.

—Y ahora dígame cuáles son sus proyectos—inquirió el obispo, cada vez más interesado por la obra que pensaba realizar el santo sacerdote.

—Alquilaré una casa en seguida, la limpiaré y la desinfectaré... Los muebles ya habrá quien me lo fie, y con la ayuda de Dios se hará todo lo demás.

—Pues que El nos ayude a todos—terminó diciéndole.

El padre Flanagan salió de allí satisfecho. El permiso del obispo era lo primero que necesitaba para dar comienzo a su obra, y éste lo tenía. Lo demás se iría arreglando como Dios quisiera. Fué a buscar a los pequeños que había dejado en la tienda y los vió muy quietecitos, sentados frente a la mesa de Morrison, no sin antes haber dado una ojeada por el pueblo y visto una casa a propósito para lo que pensaba. En la seguridad de que no le sería difícil alquilar aquella casa, le dijo a

su amigo, el comerciante, cuando lo vió:

—Acabo de ver al obispo. Me ha dado su permiso y he alquilado una casa.

—¿Que has alquilado una casa? —le preguntó Morrison extrañado, sabiendo que no tenía un centimo.

—Sí... pero necesito dinero para el anticipo. Necesito que me prestes cien dólares:

El comerciante le miró extrañado. Verdad era que en mucho tenía la amistad del padre, pero lo que no hubiera pensado nunca era que le pidiese aquel dinero para dar el anticipo de la casa. No obstante, al ver que el sacerdote esperaba su contestación, no se atrevió a darle una respuesta rotunda y negativa, y le preguntó:

—¿Y qué garantías ofreces?

El pobre sacerdote se buscó por todos los bolsillos y lo único que encontró fué el rompecabezas que le había regalado el muchacho y se lo ofreció como garantía. El tendero se echó a reír y exclamó:

—¿Quieres cien dólares por eso?

Extrajo de debajo del mostrador un cajón lleno de rompecabezas como el que le enseñaba, y volvió a decirle:

—Mira, te vendo cualquiera de estos por 25 centavos... Y cual-

quiera de ellos es mejor que el tuyo.

—Dave, me hace mucha falta ese dinero—le suplicó el sacerdote.

—Pero no tienes otra garantía.

—Dave—le dijo el sacerdote queriendo tocar sus buenos sentimientos—, cada niño a quien yo haga un buen ciudadano, vale diez mil dólares para el Estado.

Dave comprendía la razón que tenía en aquello su amigo el sacerdote, pero también pensaba en los cien dólares que tenía que dar, y murmuró como si hablara consigo mismo:

—Es que cien dólares por un juguete como ése...

—Está bien—terminó diciéndole el sacerdote, al verlo casi decidido—. Buscaré en otra parte.

—Espera—exclamó el comerciante—. ¿Puedes hacer un buen ciudadano por 50 dólares?

—Imposible. Son cien los que necesito.

—Sea—se conformó Morrison—. Aquí tienes los cien dólares.

El padre Flanagan intentó entregarle el romperabrazos, y Dave lo rehuyó, diciéndole:

—No, no; consérvale y vete en seguida, no sea que me arrepienta.

—No te arrepentirás, Dave. Tú eres un hombre de corazón. Amas mucho el dinero, pero tus sentimientos son más fuertes que tu am-

bición... Bueno, ahora que ya tengo el dinero, necesito que me vendas algunos muebles.

El pobre Dave se echó a temblar. ¿Qué sería lo que iría a pedirle?

Y antes de que pudiera decir nada, el sacerdote sacó una lista y se la entregó, diciéndole:

—Esta es la lista de los muebles que necesito.

Dave sumó el precio de los muebles que tenía allí anotados, y haciendo un cálculo mental exclamó:

—Esto vale 220 dólares.

—Rebájame algo, Dave. Te daré 150 dólares.

—Imposible, Flanagan. Eso es lo que me cuestan a mí... Te lo dejaré en 190.

De pronto se arrepintió de lo que había dicho y exclamó:

—Pero, ¿qué estoy haciendo? Si estoy regateando mi propio dinero... Está bien, te los daré por 150.

—Pues trato hecho—exclamó el sacerdote—. Aquí tienes cincuenta dólares a cuenta. —Y le entregó la mitad del dinero que acababa de darle su amigo.

—Hombre, eso está muy bonito. Me das cincuenta dólares de mi dinero, a cuenta de mis muebles. Pero, en fin, guárdate esos cincuenta dólares y así te ahorrarás el trabajo de venir mañana a por ellos.

El sacerdote se echó a reír. Sabía con quién trataba y estaba seguro de que no había de faltarle la ayuda de aquel hombre, que, a pesar de todo, era un alma bendita. Escribió en un papel donde tenía que enviar los muebles y se lo entregó diciéndole:

—Mira... Esta es la dirección. Ya verás cómo esta noche te sentirás satisfecho de ti mismo... Muy satisfecho.

—Está bien—respondió el comerciante—. Te mandaré los muebles y me hará reconocer la cabeza, porque yo no debo estar bien de ella cuando he hecho todo esto que acabo de hacer.

Recogió a los muchachos, que no se habían movido de su sitio, y entonces fué cuando se dió cuenta de que el tendero los tenía amarrados, no fiándose de lo que pudieran hacer durante la ausencia del padre Flanagan. Este sonrió al ver lo que había hecho Dave, y después de dejarlos en libertad, se los llevó, diciéndoles:

—Vamos, hijos míos... Ya tenemos casa.

Corrió la voz por toda la provincia de lo que pensaba hacer el padre Flanagan y más aún al ver que éste había adquirido una casa, que había albergado en ella a varios chicos y que comenzaban a trabajar.

De los que tenía recogidos, cada uno tenía una obligación a realizar. Unos pintaban las puertas, otros arreglaban los dormitorios, en fin, allí nadie estaba ocioso. Tommy había pintado un gran letrero que se había colocado en la puerta del edificio, anunciando los fines a que se dedicaba, y los periódicos comenzaron a ocuparse de las actividades del padre Flanagan. Incluso llegó un redactor en busca del sacerdote y se presentó a él diciéndole:

—Padre, «El Herald» me envía para ver qué es lo que hace usted aquí.

—Por ahora—respondió irónicamente el sacerdote—, clavar el letrero que ha pintado Tommy.

—¿Sacamos una foto?—solicitó el repórter.

—Si usted quiere, no creo que haya nada que lo impida—respondió el sacerdote, sin dar importancia a la petición del periodista.

Los chicos, al oír que iban a sacar una foto, corrieron todos al lado del padre Flanagan, gritando:

—Muchachos, que nos van a retratar...

Y en los días siguientes continuaron los periódicos ocupándose de aquella casa de niños pobres, y cada vez se hacían más comentarios a la labor que realizaba el buen sacerdote.

te. Y, como suele pasar siempre, mientras unos elogiaban la empresa, había otros que la criticaban y la consideraban descabellada.

Pero a medida que pasaba el tiempo, la afluencia de niños era mucho mayor, los gastos más crecidos y los ingresos no cubrían las necesidades. El pobre sacerdote se

hallaba rodeado de trampas y recurrió a la caridad de las gentes pudientes, lo que dio lugar a que en la Prensa saliera la noticia de que el padre Flanagan solicitaba fondos de la caridad pública, dando lugar a que unos pocos acudieran a su llamamiento y a que otros, muchos, se hicieran los sordos.



## LA PRIMERA NAVIDAD

MUCHO había trabajado el padre Flanagan para que aquellas Navidades sus pequeños tuvieran regalos y golosinas. Mucho les había prometido, también, aun cuando a medida que se acercaba el momento veía que se hacía imposible cumplir sus promesas. Y en esta lucha por obtener algo para sus pequeños, llegó el día de Navidad. El padre Flanagan había salido para recorrer varias tiendas y solicitar donativos para su casa, pero su gestión no fue todo lo fructífera que él pudiera desear, y volvió a la casa con escasos juguetes y golosinas.

Los pequeños lo esperaban con la impaciencia propia de quienes saben que les esperan gratas sorpre-

sas, y al verle llegar, Tommy dió la voz de alarma, diciéndoles:

—A ver, muchachos, ya sabéis lo convenido.

Y lo convenido era que al entrar el padre Flanagan todos, a coro, entonaron una canción que era una especie de gracias al Altísimo por los bienes que les otorgaba aquellas Navidades.

El buen sacerdote los escuchó con el corazón deshecho en amarguras. ¿Qué era todo aquello que él traía para lo mucho que necesitaban los niños? Mas, no obstante, no quiso que advirtieran su desaliento y les dijo cuando terminaron:

—Agradable recepción, hijos míos. Gracias a todos,

Entregó unos paquetes a Tommy y le dijo:

—Toma, lleva esto a la cocina.

—¿Es cosa buena?—preguntó impaciente Tommy.

—Tú, llévalo, que luego lo sabrás.

—Padre—le dijo otro de los muchachos recogidos— Usted nos dijo que todo el mundo nos ayudaría.

—Y lo harán—respondió el sacerdote, sin querer desengañar a aquellas almas que tanto habían confiado en él y en el buen corazón de los demás— Ya veréis cómo lo harán. Quizá no sea hasta las Navidades que viene, pero estad seguros de que lo harán.

Comprendieron los muchachos que se había evaporado todo lo que ellos esperaban, y uno de ellos, un tal Bob, acordándose de otros días que andaba suelto por las calles propuso:

—Padre, si usted quiere, yo puedo birlar un pavo.

El sacerdote lo miró severamente y le reprendió con dulzura, diciéndole:

—Debieras arrodillarte y pedir perdón por ese mal pensamiento.

El muchacho bajó la vista al suelo, avergonzado de lo que había dicho, y cuando mayor era el desaliento en todos, apareció Daves, cargado de paquetes, y gritando:

—¡Felices Pascuas, muchachos! Aquí hay de todo. Mirad, pavo y regalos para todos... ¿Llego tarde?—preguntó al sacerdote.

Este le miró conmovido. En sus ojos estaban a punto de saltar las lágrimas, y le respondió:

—Nunca ha sido nadie más oportuno...

—Pues entonces, ahora, a cantar todos. Estas Navidades han de ser muy alegres para los que tenéis la dicha de estar al lado del padre Flanagan.

Y contagiados todos por la misma alegría, aquellas Navidades fueron para los pobres muchachos, que en otros años las habían pasado a la intemperie, las más alegres de su vida.

A partir de entonces, parecía que un viento favorable empujaba la empresa del padre Flanagan. Tenía, como es natural, sus deudas, pero iba saliendo de ellas modestamente e iba aumentando también el número de chicos recogidos. Mas una nueva idea se había apoderado de aquel hombre. Era un sueño que venía acariciando y que sabía que el único que podía ayudarle a realizarlo era el bueno de Daves, por lo cual le mandó recado de que quería hablar con él y el comerciante, creyendo que se trataba de algo grave,



se presentó aquella misma tarde, diciéndole:

—Vine tan pronto como pude...

¿Qué es lo que te pasa?

—Vamos afuera—le dijo el sacerdote— Aquí hay mucho ruido.

Salieron a la puerta, donde estaba parado el coche que había traído Daves, y éste, temiendo que fuera algo de dinero, le preguntó:

—¿Cuánto necesitas?

El sacerdote se le quedó mirando fijamente y le preguntó:

—¿Verdad que los dos hemos tenido un año magnífico?

—En efecto—respondió tímidamente Daves, esperando un sablazo fuerte— ¿Cuánto quieres?

—Todo lo que quiero—le dijo sonriéndole y tranquilizándole—es que vengas a dar un paseito conmigo... Andrs muy atareado con la nueva tienda y todo lo demás... Una vueltecita por el campo te hará bien.

El mismo sacerdote le indicó por dónde quería pasear. Por el camino fueron hablando de cosas sin importancia, hasta que por fin llegaron a un gran campo en el cual había una tablilla que indicaba que se vendía. Allí le hizo parar, le obligó a bajar del coche, y señalándole el campo, le dijo:

—Bonito sitio, ¿verdad?

—No es feo—respondió Daves.

—Pues ya ves, más de cien hectáreas, y me lo dan muy barato.

Daves se le quedó mirando fijamente, como si temiera que el sacerdote hubiera perdido el juicio. Pero éste, sin dar importancia a sus palabras, siguió monologando:

—Aquí se podría edificar una ciudad para los niños... Tendrían jardines, gimnasios, escuelas...

—...Y deudas e hipotecas—le interrumpió Daves—. Vuelve en tí, hombre de Dios. Empezaste con cinco chicos y ahora quieres tener cien.

—Quinientos—se apresuró a decirle el sacerdote.

—¿Y de dónde sacarás ese dinero?... ¿No comprendes que eso es una locura?

—Sí, tal vez, sí—respondió el sacerdote—. Pero, ¿es tan bella esta locura!...

—Flanagan—le dijo el comerciante—. Tú no te encuentras bien. Debes ver a un médico.

—Quizá lleves razón. Todo esto puede ser que no sea más que un sueño que nunca vea realizado... Pero da tanta lástima privar a los pobres niños de todo esto... ¿No te parece a ti lo mismo?

—Claro que me lo parece, pero también me parece que es imposible. Para una idea así es preciso una fortuna en aportaciones. Hasta hoy has podido pagar tus deudas, por-

que eran pequeñas, pero esto es demasiado.

—¿Y tú crees que no habría algunas generosas que se prestasen a hacer esas aportaciones?

Daves movió negativamente la cabeza y le respondió con la sinceridad que siempre le hablaba:

—Tienes la Prensa en contra. No conseguirás aportaciones. Si los periódicos de Hargraves te apoyaran, sería distinto... ¿Por qué no haces una cosa?

—¿Cuál?

—Procura que Hargraves te ayude, y ya hablaremos.

—Está bien—contestó el sacerdote, pensando que ya tenía media partida ganada— Trato hecho.

Volvieron a la ciudad, pensando los dos en lo mismo, en aquella magnífica ciudad que podría edificarse para los muchachos del arroyo, recogiendo de la vía pública y evitando que así pudieran malearse antes de llegar a ser hombres.

## LA AYUDA DE HARGRAVES

**E**RA Hargraves un hombre que siempre había combatido al padre Flanagan. No creía en su teoría de que no hay niño perverso, y en todos sus diarios, puesto que disponía de los más importantes, había procurado evitar que prosperase la idea del buen sacerdote. Esto sabía también que era aquél su peor enemigo, pero sabía también que Hargraves era un hombre honrado y que si le combatía no era por maldad, sino por convencimiento. Lo difícil era convencerle de su error, hacer que comprendiese la idea que él había soñado, y de eso, el padre Flanagan se creía capaz de hacerlo. Hasta entonces no se había preocupado de aquella campaña en contra

suya, porque jamás prestó oídos a lo que de él pudieran decir. Tenía la conciencia limpia de todo pecado y de todo mal pensamiento, y para sus enemigos no tenía otra idea que la del perdón.

Decidido a dar la batalla en el propio terreno enemigo, el padre Flanagan se fué a ver al propietario de todos aquellos diarios.

Hargraves, extrañado de que el padre Flanagan, a quien tanto combatía, fuera a verle, le recibió inmediatamente y le preguntó:

—¿Usted ha solicitado verme?

—En efecto—respondió el sacerdote—. Vengo para darle cuenta de mi idea y para solicitar su ayuda.

—Conozco su labor, padre—le

respondió Hargraves—, pero no la apruebo.

—¿Y puedo saber por qué?—preguntó el sacerdote.

—Pues porque usted hace una censura tácita de las cosas establecidas.

—Igual dijeron de Newton cuando descubrió la ley de gravedad—respondió sonriendo el sacerdote—. He salvado del hampa y del arroyo a cincuenta niños. Estoy convirtiéndolos en seres útiles; lo mismo haría con quinientos; lo que no me deja ir adelante es la crítica de sus periódicos. Y usted no tiene derecho a impedirme ayudar a esos pobres niños. Esos niños, ladrones algunos, sufren hambre y no tienen ropas, pero ninguno ha desertado, porque saben que lucho por su bien.

—Hay muchachos de los que usted tiene que merecen grilletes—exclamó Hargrave—. Los hay que han sido, como usted ha dicho, hasta ladrones.

El padre Flanagan sacó un diario y leyó una noticia que decía:

«Niño de once años, convicto de parricidio, condenado a cadena perpetua.»

—Un salvaje que está donde le corresponde—exclamó, indignado, Hargraves.

—Este chico vio a su madre mal-

tratada, golpeada por un marido ebrio, y lo mató. Y usted resuelve el problema llamando salvaje a ese desdichado. Esa no es mi solución, señor Hargraves.

—Pues, francamente, padre—le respondió Hargraves—, su solución es disparatada. Eso que usted dice de que el niño malo no existe, es una tontería sentimental... La verdad, mis convicciones no me permiten apoyar su obra.

—Comprendo qué piense usted así. No me extraña.

Hargraves se le quedó mirando fijamente y le preguntó:

—¿Por qué lo comprende usted?

—Muy sencillo. Cuando usted era niño y se hallaba en un apuro, tenía padres que lo estrecharon en sus brazos y lo consolaron... Imagínese el terror y la soledad de un niño sin tal amparo... Esa criatura, presa toda su vida... Yo lo que quiero es un hogar para ellos, donde puedan vivir y aprender. Una ciudad para muchachos, gobernada por ellos mismos... ¿No merece la pena intentarlo?

Hargraves iba cediendo a medida que el padre Flanagan le iba hablando, y al final terminó diciendo:

—Su sinceridad vale el intento. No combatiré su plan. Pero si fracasa lo utilizaré para que sirva de lección al mundo entero.



—Gracias—respondió el padre Flanagan—. Sabía que era usted un hombre recto y que obtendría de usted su colaboración, o sea, que no combatiría mi idea.

Y cuando salió de allí, el buen sacerdote llevaba el corazón henchido de gozo. Aquella obra de amor y caridad podría llegar a ser un hecho. Su sueño podría realizarse y dio gracias a Dios por haber mantenido firme en él la fe de su bondad infinita.

Gracias al silencio de la prensa de Hargrave y a la ayuda de Daves, los terrenos fueron adquiridos. Todos los muchachos que tenía recogidos fueron empleados en los trabajos que hacían falta para edificar aquella ciudad de los muchachos, y después de algunos meses de no pocos trabajos y apuros, el padre Flanagan pudo sentir la satisfacción de ver levantarse tres grandes edificios en lo que antes había sido un solar.

Contemplaba su obra con el orgullo propio de quien sabe que ha realizado casi un imposible, y le decía a su amigo Daves:

—Aquí tienes tres grandes edificios, Morrison. Un buen principio, Morrison le enseñó los tres documentos de hipotecas que pesaban sobre los edificios, y le respondió:

—Y aquí tienes tres soberbias hipotecas, que pueden ser un gran final.

El sacerdote se encogió de hombros, sin darle importancia, y su amigo continuó diciéndole:

—Recuerda lo que has sudado recogiendo céntimos y reales, pero ahora necesitas dólares, a cientos, a miles... Estabas metido en deudas hasta la rodilla, y ahora lo estás hasta la cabeza. No pienses más con el corazón y piensa alguna vez con la cabeza.

En aquel momento llegó el coche que conducía los viajeros hacia la estación, y el padre Flanagan se despidió de su amigo, diciéndole:

—¡Oh, Dios mío!... Voy en seguida.

—Pero, ¿adónde vas?

—A la estación. He de tomar el tren. Un preso me llama. Está condenado a cadena perpetua.

—Y tú estás condenado a deuda perpetua.

Todos los muchachos fueron a despedirle, y el más pequeño de todos, a quien llamaban Joe, le preguntó:

—¿Y mis caramelos, me los seguirán dando?

—Claro que sí—respondió cariñosamente el sacerdote. Llamó a

otro de los muchachos y le dijo—: Freddie, puedes dárselos, si se porta bien.

Saludó a los chicos y poco después se hallaba camino de la ciudad para ver al preso que lo había llamado y a quien no conocía ni sa-

bía qué era lo que pretendía de él.

El bueno de Daves le vió marchar y movió la cabeza admirando cada vez más a aquel hombre, cuya única misión en la tierra era el hacer bien a cuantos estaban a su lado o necesitaban de él.



## LA PROTECCION DE UN NUEVO MUCHACHO

CUANDO el padre Flanagan llegó a la ciudad, se dirigió directamente a la cárcel, donde estaba detenido Joe Marsh, que era quien le había llamado, y se excusó de no haber ido antes, diciéndole:

—Siento no haber podido venir antes, pero estaba muy ocupado.

El preso sonrió ante la excusa del padre, y le respondió:

—Lo comprendo. Ser niñera de cientos de muchachos, no es cosa fácil.

—¡Bah! —respondió con sencillez el padre Flanagan—. Todo se hace por Dios. Más sufrió él.

—Oiga, padre —le dijo el recluso—. No le he llamado para que me enseñe a rezar ni para pedir

perdón de mis pecados, que sé que no merezco. Yo le he llamado para otra cosa.

—Tú dirás, hijo mío.

—Yo he sido el jefe de una banda de ladrones. Ante mí se descubría el más pintado...

—Supongo que tampoco me habrás llamado para contarme todo eso—le dijo sonriendo bondadosamente el sacerdote.

—Tampoco. Es para otra cosa.

Calló unos instantes y al fin volvió a decirle:

—Yo tengo un hermano menor que se llama Whitey. Me quiere con locura y aspira a ser el número uno, como yo lo he sido, pero yo quiero llevarlo por otro camino. Creo que todavía estamos a tiem-

po. Quiero que lo meta en la Ciudad de los Muchachos... Para eso le entregaré todo lo que tengo. El mismo director de la cárcel le entregará 280 dólares que llevaba al entrar. El le dirá también dónde está mi hermano.

El padre Flanagan calló durante unos segundos. Sabía que en la Ciudad de los muchachos estaban todas las plazas cubiertas, pero por otro lado, la idea de poder salvar a un muchacho de la perdición, le indujo a aceptarlo, y le dijo al preso:

—Bueno, estamos muy apretados, pero le admitiré.

—Le advierto que es terriblemente bruto, un discolo del que es difícil hacer carrera.

—Eso no te importe. Ya la domaremos. Otros iguales he tenido y han cambiado.

—Gracias, padre —terminó diciéndole el preso—. Eso es cuanto quería pedirle.

Salió el padre Flanagan de la celda, se dirigió a la Dirección, donde recogió el donativo que acababa de hacerle Joe, y fué a la dirección que le dió el mismo director de la cárcel, para buscar a Whitey.

Al llegar a la casa donde le habían indicado, llamó varias veces, hasta que por fin sintió ruido en su interior. Dentro del cuarto donde

vivía Whitey, se hallaban éste con varios compañeros de su hermano, jugando tranquilamente a las cartas y fumando como si se tratara de una persona mayor. Era aquel el ambiente en que siempre había vivido el muchacho y no comprendía que nadie pudiera vivir una vida por sí, era uno de esos seres que, sin freno alguno durante los primeros años de su vida, estaba acostumbrado a hacer siempre su santa voluntad, sin admitir imposiciones, ni de su mismo hermano, que en más de una ocasión hubo de imponérsele a él por el miedo más que por el convencimiento.

Cuando, por fin, le abrieron y entró el sacerdote, se le encontró con las piernas sobre la mesa que tenía ante él y con el sombrero puesto. Desde el primer instante el padre Flanagan comprendió que tenía ante él un muchacho de los más difíciles que había conocido. No obstante, sin inmutarse por ello, preguntó tranquilamente:

—¿Quién es Whitey Marsh?

—Soy yo —respondió el muchacho—. ¿Qué pasa?

—Quiero hablar a solas contigo.

Los compañeros de Whitey intentaron marcharse, pero él los llamó, diciéndoles:

—Volved aquí... Que estoy perdiendo.

—He dicho que quiero hablar a solas—dijo enérgicamente el padre.

Los compañeros de Whitey no se atrevieron a desobedecer la enérgica orden del sacerdote, y salieron de la habitación, dejando solos al padre Flanagan y a Whitey.

Este se encaró con él y le dijo:

—Si tenéis que hablar algo conmigo, volved más tarde. Estoy perdiendo y tengo que terminar la partida.

Por toda contestación, el padre Flanagan le quitó el cigarro de la boca y el sombrero, que llevaba puesto, diciéndole:

—Aprende... Así se hace. Ahora ponte en pie, que tenemos que hablar.

Ante la autoridad extraordinaria del padre Flanagan, y al verse tratado de aquella forma, como nunca lo había sido, Whitey quedó sorprendido, sin saber qué decir, y este silencio, o mejor aun, esta sorpresa, la aprovechó el padre, para decirle:

—Soy el padre Flanagan. Acabo de ver a tu hermano Joe. Quiere que te lleve conmigo a la Ciudad de los Muchachos.

—Pues en «buenas» obra se ha

metido usted—respondió, despectivo, Whitey.

—Eso mismo digo yo... Una «buena» obra.

—¿Y qué pito voy a tocar yo en ese criadero de nenes?—preguntó con el mismo desprecio el muchacho.

—¡Oh!, puedes ser carpintero, tipógrafo... agricultor... lo que tú quieras.

—¿Acaso piensa usted sacar de mí un destripaterrones? Máchese de aquí, antes de que se me acabe la paciencia—exclamó amenazador.

El padre Flanagan comprendió la forma en que había de tratar a aquel potrillo salvaje, y le respondió:

—Oye, Whitey, no olvides que, en caso necesario, puedo yo ser más bruto que tú. Tú vienes conmigo, porque tu hermano y yo lo queremos.

Whitey, para librarse del sacerdote, intentó huir, dándole un empujón, pero el padre tuvo más fuerza que él y cayó al suelo rodando, al mismo tiempo que exclamaba fingidamente:

—¡Ay!... ¡Ay!... ¡Ay!... ¡Me ha roto el brazo!... Mejor será que me lleve al hospital.

—No digas tonterías, Whitey.

Ya has visto que conmigo no puedes. ¿Por qué no dejas de portarte como un crío?

Y ante la evidencia de que nada podía hacer por el momento, Whitney se dejó conducir fuera de la

casa, pensando que no faltaría ocasión para marcharse de aquella Ciudad de los Muchachos y volver otra vez con sus amigos, aun cuando fuera contra la voluntad de su hermano.



## LA LLEGADA A LA CIUDAD

**D**URANTE todo el trayecto, Whitey no hizo nada por ocultar la antipatía que le inspiraba el sacerdote, pero éste, gran conocedor de las almas infantiles, examinaba al muchacho y empezaba a comprender que interiormente aquel niño no era malo. Todo lo que era se lo debía a las malas compañías que había tenido hasta entonces, y esperaba conseguir de él los mismos resultados que había obtenido con otros que parecían tan discolos como Whitey.

Por fin llegaron a la Ciudad de los Muchachos y Whitey quedó sorprendido del recibimiento que todos los chicos hicieron al padre Flanagan. Whitey veía aquellas de-

mostraciones de cariño de los que habitaban aquella ciudad y pensaba interiormente que todos eran unos niños tontos que no sabían nada de la vida ni de la libertad. No comprendía cómo muchachos, algunos de más edad que él, podían someterse a una disciplina y trabajar allí, cuando tan bien se estaba en la ciudad y tantas diversiones había en ella.

El padre Flanagan adivinaba los pensamientos de su nuevo asilado, pero, sin querer demostrárselo, empezó por presentarle a varios de los muchachos, diciéndole:

—Este es Mon Kahn, nuestro barbero y capitán de «baseball».

Whitey le alargó la mano, y queriendo mortificarle, le dijo:

—¿Qué tal, «Pinocho»?

—¿De dónde eres tú?—le preguntó Mon.

Whitey, sin querer contestar, siguió con su idea de mortificarle, y le respondió con desprecio:

—Supongo que tendrás esas narices de meterlas donde no te llaman.

El otro ni siquiera le hizo caso, y Whitey volvió a preguntar al padre Flanagan:

—¿Y tiene uno que estarle metido aquí siempre?

—No—respondió el sacerdote—. Por esta alameda se va a la ciudad, y si hay algún partido de «baseball» o de fútbol, se puede ir a presenciarlo.

—¿Y se sale, también?—preguntó con segunda intención, el muchacho.

El padre Flanagan, que comprendió el sentido de aquella pregunta, le respondió sonriendo:

—De la Ciudad de los Muchachos, se sale siempre que se quiere.

Llegaron en aquel momento otros muchachos y el padre se lo presentó, diciéndoles:

—Muchachos, aquí tenéis a Whitey Marsh—y volviéndose a éste, le dijo—: Todos estos serán tus compañeros.

—Encantado—exclamó, dándose

tono, Whitey—. ¿Y quién es el que anuncia la comida?

—La comida se anuncia con una sirena. Voy a seguir presentándote a los demás—le dijo el sacerdote—. Aquí tienes a Freddie Fuller, alcalde de la ciudad. Enséñale todo a Whitey, Freddie.

—Ven conmigo—le dijo éste.

Y mientras que el alcalde se lo llevaba, el padre les dijo a los otros chicos:

—Muchachos, habrá que tener paciencia con Whitey. Es un bruto, pero no es tan rufián como él se cree.

Al mismo tiempo que el padre Flanagan entraba en el interior de uno de los edificios que formaban parte de la Ciudad de los Muchachos, Freddie iba enseñando a Whitey todos los departamentos de la ciudad, y le decía:

—¿Quieres ver toda la ciudad?

—Hombre, si no hay más remedio...

—Es la costumbre—respondió Freddie, procurando ganarse la simpatía de Whitey.

El pequeño Joe, o mejor dicho, «Boliche», nombre que le habían dado todos por su estatura y por estar tan gordito, se les acercó en aquel momento y le preguntó a Whitey:

—Hola... ¿Cómo te llamas?



Whitey y se le quedó mirando, y dándosele de hombre, lo apartó suavemente de su lado, diciéndole:

—Lárgate, crio.

—Es «Boliche»—le dijo el alcalde—. Aquí todo el mundo te quiere. Es muy bueno y hay que tener muy mal corazón para no quererle.

Whitey encajó el golpe que le dirigía su acompañante, mas no obstante no hizo ninguna alusión a ello.

Siguieron recorriendo las dependencias, y Freddie continuaba explicándole todo y diciéndole:

—Esta es nuestra sala de recreo.

—Yo sólo juego al «poker»—contestó Whitey sacando un cigarrillo. Mas en cuanto se lo puso en la boca, Freddie se lo quitó, diciéndole:

—Aquí no se fuma.

Whitey no se atrevió a insistir, y para fingir mejor, preguntó, señalando hacia un pabellón que había en otro lado del jardín:

—Y aquel rascacielos, ¿qué es?

—Es nuestra estafeta de Correos. Ven, que te la enseñaré.

Echaron a andar hacia allí y «Boliche», que los acompañaba, le dijo a Freddie:

—Me estoy cansando.

—¿Por qué no juegas con tu cortaplumas? No puedo llevarte ahora.

—No, Freddie, estoy muy cansado—insistió «Boliche».

Y con gran asombro por parte de Whitey, Freddie cogió en brazos al chiquillo y siguió con él andando hacia la estafeta.

De allí fueron a otro departamento, y Freddie continuó explicándole:

—Esta es la sección de envíos... Pasemos a este otro. Aquí es la zapatería.

—Sí, el hospital de zapatos—respondió Whitey, fijándose en que había varios muchachos que trabajaban afanosamente.

—Esta es nuestra imprenta—le dijo Freddie, cuando llegaron a ella.

—Es muy interesante—le respondió con cierta ironía el muchacho— pero he advertido una cosa, que aquí todo el mundo trabaja, menos el alcalde.

—Yo también tengo mi oficio y trabajo en él las horas que me dejan libres mis obligaciones de alcalde. Aquí nadie está ocioso. Mira, este es el departamento de lavado y planchado. ¿Te gustaría este oficio?

—Yo no quiero quitar el pan a las lavanderas—dijo, bromeando, Whitey.

—¿Por qué no le enseñas la carpintería?—le dijo «Boliche»—. A lo mejor es lo que más le gusta.

Whitey, a quien «Boliche» empezaba a gustarle, lo cogió de la mano y le dijo:

—¡Bravo, «Boliche»!... No dejes que me pierda nada.

—¿Ves aquellos campos?—le dijo el alcalde—. Aquellos son nuestros trigales.

Whitey se los quedó mirando y terminó cantando:

Labraré, sembraré  
y después segaré  
y ya campesino seré.

—...Pero, oye, déjame adivinar algo. ¿Verdad que esas son vacas?

—Sí—respondió «Boliche»—. Y puedes tomar toda la leche que quieras.

—¡No, por Dios, no haré tal cosa! La leche me emborracha, y aquí nadie puede estar borracho.

Whitey se volvió hacia Freddie y le preguntó, pensando que aquel muchacho era el preferido del padre:

—Y aquí, sin cercas, ni puertas, ni nada que lo impida, muchos se fugarán, ¿verdad?

—Aquí nadie se fuga, ni a nadie se retiene a la fuerza. Aquí rige el sistema del honor.

—¿Sistema del honor?—preguntó extrañado Whitey—. ¡Ah, ya comprendo! Los unos se espían a los otros.

—¿Espías? ¿Para qué?—respondió Freddie—. Aquí no hay espías.

El que comete una falta la confiesa él mismo, y en paz... Así el castigo es más justo y se comprende.

Whitey se le quedó mirando, y no sabiendo si le estaba tomando el pelo o era en serio lo que le decía, terminó asegurando:

—Creo que aquí estás todos chiflados.

—No lo creas, Whitey—respondió Freddie—. Aquí muchos chicos pueden darte una buena tunda.

—Tú, por ejemplo, ¿verdad?—preguntó Whitey.

—Sí, yo mismo.

En aquel momento llegó Tony, quien advirtió al recién llegado:

—Oye, Whitey. Dice el padre que vayas a su despacho.

—¡Qué lástima!—exclamó el chico—. Ahora que empezaba a divertirme...

Entró poco después en el despacho del padre Flanagan, y «Boliche», que le acompañaba, corrió a buscar en los cajones de la mesa del sacerdote, buscando el caramelo, y como se equivocaba de sitio, el padre comenzó a decirle:

—Frio, frio, «Boliche»... Tibio, tibio... Caliente, que te quemas.

Por fin los encontró y el padre le entregó un caramelo, diciéndole a Whitey:

—¿Ves? «Boliche» se ha portado bien y por eso busca el caramelo,



Llovieron las piedras por  
todas partes.



—¿Me dio el caramelo?



—Quiero hablar a solas  
contigo.



Quedó sorprendido del  
recibimiento.





—En cuanto pueda me largaré.

—¿Puedo sentarme en el sillón?





—El primer golpe fue el último también.



Dieron gracias a Dios antes de comer.



—¡Boliche, soy yo, tu  
amigo!

... le había embetunado  
toda la cara.



—Debía haberme atre-  
pido a mí.



Todos se echaron a reír  
al verlo pintado.



—¡Estoy herido!



Se escondió en el quicio  
de una puerta.



—Yo no tomé parte en  
el robo.



—Tienes que marcharte  
en seguida.



El portarse bien aquí tiene mucha importancia. ¿Te has portado bien, «Bolíche»?

—Sí, señor—respondió el chiquillo—. ¿Puedo sentarme en el sillón?

—Claro que puedes, «Bolíche».

Y mientras que «Bolíche» se comía su caramelo, el padre le preguntó a Whitey:

—¿Te gusta nuestra ciudad?

—No me gusta. La detesto—respondió francamente Whitey—. En cuanto pueda, me largaré.

El padre Flanagan se le quedó mirando fijamente y le respondió convencido:

—El corazón me dice que no lo harás. Y yo creo en mi corazón.

—¿Eso es todo lo que tenía que decirme?

—Eso es todo.

—Padre—exclamó «Bolíche»—. ¿Me deja que vaya con Whitey...? Yo le quiero mucho.

—Claro que quiero—le dijo el padre—. Aquí todos le queremos. Podéis marcharos.

Salieron los dos muchachos, y apenas habían pasado de la puerta, cuando se presentaron en el despacho del sacerdote, Daves y el señor Burton, presidente de la Directiva.

El sacerdote, al verlos entrar, comprendió por el semblante de su amigo que algo grave ocurría, y es-

peró a que le hablasen. Les ofreció asiento y apenas se sentaron, Daves le dijo:

—Flanagan, venimos a discutir lo de ese déficit.

—Tiene un conflicto serio—dijo a su vez Burton.

—Pero es el conflicto de cierto chico—respondió el padre, pensando en Whitey.

—Este déficit, es el conflicto para muchos chicos.

—¡Bah!—exclamó tranquilamente el padre Flanagan—. Otros muchos hemos tenido y hemos salido de ellos.

—Sí, pero ninguno de la cuantía de éste—le dijo Daves.

El padre Flanagan se encogió de hombros. Era verdad que el déficit de ahora superaba en mucho a lo que él había calculado, pero eso le importaba poco. Lo que le preocupaba en aquellos momentos era el conflicto de Whitey.

El señor Burton extrajo de una voluminosa cartera que llevaba, varios documentos y se puso a repasarlos, diciendo a medida que inspeccionaba los papeles.

—Padre, vea usted todos estos créditos.

—Yo no entiendo de eso—le dijo el sacerdote—. A mí los números me han mareado siempre.

—Te habrán mareado los núme-

nos—exclamó Dave—, pero tú nos mareas con las deudas que contraes. No te das cuenta de nuestras posibilidades y amparas a todos los chicos que acuden a ti.

—¿Y qué quieres que haga?

—Pues decirles que no hay sitio.

—Eso no puedo hacerlo. Sería lo mismo que arrojarlos a la calle para que se hiciesen precisamente lo que nosotros queremos evitar.

—Pero, entonces, ¿Tienes algún plan para hacer frente a la situación en que nos encontramos?

—Ninguno.

—¿Y te quedas tan tranquilo?

—¿Qué quieres que haga?

—Pues pensar algo. Ver la manera de resolver este problema.

—Este problema nos lo darán resuelto, querido Dave.

—¿Que nos lo darán resuelto? ¿Quién puede ser?

—Pues los demás. ¿Cómo he salido hasta ahora? ¿No ha sido por la caridad de los demás? Pues también lo saldremos en esta ocasión.

Dave movió negativamente la cabeza y se quedó mirando a su amigo a quien finalmente dijo:

—Pensar así es una locura.

—¿Es locura pensar en que los demás socorran a los que no pueden?

—Sí, claro... Pero piensa que las aportaciones han de ser muy grandes.

—Lo serán — insistió el padre, que tenía una fe ciega en el destino de su obra.

—¿Pero cómo?... ¿Tienes alguna esperanza de alguna persona que se comprometa a ello?

—Ninguna — respondió el padre Flanagan—. La única que tengo es mi fe, y ésta no falla nunca.

Dave se levantó excitadísimo ante las palabras de su amigo. No comprendía aquella calma ante una situación tan grave como la que se encontraban y exclamó:

—Tú no te das cuenta del déficit que tenemos.

—Me doy cuenta de todo, querido; pero también me doy cuenta de que la gente no es tan mala como la quieres hacer. Yo creo en la bondad de las personas, en la generosidad de sus corazones y estoy seguro de que en el último extremo saldrá esa alma bondadosa que lo remediará todo antes de que puedan estos chicos salir de aquí y correr por esas calles como pajarillos sueltos sin nido que los resguarde.

El señor Burton lo miraba cada vez más admirado. Había que tratar al padre Flanagan para darse una idea exacta de la bondad de sus sentimientos. Indudablemente que si muchos lo hubieran tratado, hubieran podido ver el fondo de aquel corazón que solamente latía para ha-

al bien al prójimo; y la Ciudad de los Muchachos no se vería, como en aquella ocasión, en el trance difícil en que se encontraba.

—Mira, Flanagan — le dijo Dave —, yo estoy conforme siempre en todo lo que tú dices, pero en esta ocasión me parece mucho más prudente pensar con la cabeza y dejarme de tonterías. Puede haber esa persona que tú esperas, pero ¿no sería mejor ir en su busca, antes de que fuese demasiado tarde?

—No, Dave — le dijo el sacerdote —. El bien no hay que ir en su busca, él solo llega sin necesidad de que se le llame. El bien que exige como apremio deja de ser bien para convertirse en obligación y eso es precisamente lo que yo no quiero. Yo quiero que todos los protectores de la Ciudad de los Muchachos lo sean por convicción, por absoluta convicción, no por insistencia ni pesadez del pedigrí.

El padre Flanagan, que se había levantado y vio a Whitey que huía, comprendió que había que hacer algo para retenerlo. Sentado sobre su sillón, Whitey esperaba que pasase algún auto que lo llevase a la ciudad, cuando el padre Flanagan dio la orden de que tocasen la sirena para comer, acordándose de que Whitey le había dicho al llegar a la Ciudad que tenía hambre.

Precisamente en el momento que un auto se acercaba, oyó Whitey la sirena y echó a correr, cargado con la maleta, hasta llegar al comedor. Ya estaban los chicos sentándose cuando Freddie vio entrar a Whitey y le dijo burlonamente:

—Te salvó la sirena, ¿eh?

—Whitey — le gritó «Boliche» —, siéntate a mi lado.

—Bien, muñeco — le respondió Whitey sentándose en el lugar que le dejaba «Boliche».

Antes de comenzar la comida, todos los muchachos se pusieron en pie y dieron gracias a Dios por los beneficios que les otorgaba.

Whitey les oía rezar y cada vez se sentía más extrañado. ¿Sería verdad, se decía a sí mismo, que en aquella ciudad todos eran dichosos trabajando y haciéndose hombres de bien? El ejemplo que estaba recibiendo no lo había visto en su vida y por ello se sentía más cohibido en aquel instante.

Por fin terminó la comida y cada uno recogió su cubierto, teniendo Whitey que hacer lo propio, aun en contra de su agrado.

Uno de los muchachos era cojo, y Whitey, al verlo, se apresuró a ayudarlo y recoger la silla que le había caído. Whitey empezaba a ser caritativo.

El chiquillo se volvió rápidamente

te con intención de pelearse con él, pero la mirada del padre Flanagan lo detuvo. El buen sacerdote se lo llevó a su despacho y al advertir que estaba llorando le dijo cariñosamente:

—Desahógate... Yo también lloro a veces.

—¿No podré tener yo nunca juicio?—exclamó llorando el muchacho.

El padre le acarició suavemente y le respondió:

—Sí, tienes mucho juicio... Sólo que necesitas usarlo.

—Sí, pero todos desean ayudarme—volvió a decir el muchacho—. Yo quisiera bastarme a mí mismo.

—¿Y por qué?—preguntó el padre—. Confío en que llegarás a ser alcalde.

—No, padre; ellos quieren a un atleta... a alguien a quien puedan aclamar.

—Tony — le dijo, con aquella bondad que tanta influencia ejercía sobre los muchachos—. Hubo un hombre que estuvo inválido por mucho tiempo, pero tuvo voluntad y se repuso. La gente empezó a aclamarlo y llegó a ser presidente de los Estados Unidos.

—Entonces, ¿usted cree que yo también puedo ser alcalde de nuestra ciudad?—preguntó ilusionado el muchacho.

—¿Quién lo duda? El único que lo duda eres tú y a eso no tienes derecho.

El chico le miró extrañado. No comprendía bien las palabras del sacerdote y éste volvió a decirle:

—Fíjate bien. La voluntad en el hombre debe ser lo primero. Si tú tienes voluntad para hacer una cosa lo conseguirás. Tal vez a alguien le costase menos, pero si otro lo puede hacer, nada te impedirá que tú también lo hagas.

—Pues yo tendré voluntad—respondió el muchacho, sintiendo nacer en su pecho una gran esperanza hacia el porvenir.

—Eso es lo que debes tener. Sobre todo tener una gran fe, persuadirse de que nadie es superior a uno mismo, tan solamente Aquél que nos dió el ser, y luego tenacidad.

—¿Pero habrá tantos que aspiren a ese puesto?

—¡Y tú serás uno más!

—Sí, pero es tan difícil.

—¿Ves? Eso es no tener fe.

—¿Eso?

—Claro. Tú ya te das por vencido porque crees que es imposible luchar contra todos los que aspiran a serlo, ¿no es cierto?

Tony calló, sin saber qué responder. Comprendía él que el puesto de alcalde exigía ciertas condicio-



nes que él se creía no poseer, y al fin le dijo:

—Padre, es cierto. Usted siempre nos habla al corazón. Yo he visto cómo se ha levantado nuestra ciudad. Si usted no hubiera tenido esa fe, esta gran ciudad no existiría ni ahora ni nunca.

—Tal vez existiese. Tal vez hubiese habido otro hombre que hubiese tenido el mismo deseo y la habría levantado de igual forma que la hemos hecho nosotros. Al principio

te creías que sería imposible llegar adonde hemos llegado, ¿verdad? Pues, ya ves, hemos llegado y aun nos queda mucho por andar.

—¿Más aún?—preguntó sin comprender el pensamiento del padre.

—Por hoy basta—le dijo—. Anda, vete.

Tony, más tranquilo por las palabras del padre, salió del despacho, convencido de que si él ponía de su voluntad cuanto quisiese, podría llegar incluso a ser alcalde de la Ciudad de los Muchachos.



## LA NOVATADA

AQUELLA noche, cuando Whitey fué a acostarse, encontró que todos sus compañeros dormían ya tranquilamente. Lo que menos podía esperar era la broma que le estaban gastando. De pronto, cuando se encontraba al lado de su cama, y sin que pudiera ver quién era, la luz se apagó, y gritó desesperado:

—¿Quién ha apagado la luz?

Nadie le respondió, y en vista de ello optó por desnudarse y meterse en la cama. Pero la cama estaba hecha de tal forma, que al echarse en ella se vino al suelo el colchón y él también. Gritó, se desesperó, preguntando por el culpable, pero al fin no tuvo más remedio que callarse y hacerse nuevamente la cama, si es que quería dormir.

Al día siguiente lo primero que hizo fué ir a la barbería. Allí se encontró al muchacho que hacía de barbero y le dijo enfáticamente:

—Oye, tóname el pelo, rapabambas.

Se sentó en el sillón, y siguió diciéndole:

—Pero hazlo rápido y con arte, pollo. Sin chapucerías.

El barbero quiso seguir hablándole en el mismo tono, y le respondió:

—Será servido, milord. ¿De qué hablábamos?

—Pues hablábamos de esta gran metrópoli. Me empieza a gustar, a pesar de las bromas.

El barbero terminó de afeitarlo, y le preguntó:

—¿Qué tal queda?

—No está mal—respondió Whitey.

tey—. Ahora quiero un masaje. Quiero el servicio completo, y poca charla. No me gusta dar palique al barbero. Necesito resolver varios problemas. Conque déjame pensar y no me distraigas. Tengo grandes planes para esta ciudad, y cuando empiece a formar mi banda, únete a ella y no te pesará.

El barbero le había ido dejando hablar, y en vez de hacerle el masaje que le pedía, había cogido una caja de betún negro y le había embadurnado toda la cara, sin que Whitey, vuelto de espaldas al espejo, se diera cuenta de ello.

Sonó un pito y el barbero le dijo, quitándole los paños apresuradamente:

—Tocan a lista... Vamos, a prisa.

Whitey, arrastrado casi materialmente por el barbero, tuvo que seguirle adonde estaban los demás.

Como es natural, su presencia dió lugar a que todo el mundo se echara a reír al verlo pintado de negro, y Whitey al fin se dió cuenta. El barbero echó a correr para encerrarse en su barbería, pero hasta allí fué Whitey, quien se encerró con él y se dieron una soberana paliza.

Esto dió lugar a que se formase el tribunal que había de juzgarles y a que poco después se encontrasen los dos ante el para declarar.

El padre Flanagan se hallaba también presente y fué el primero en hablar, diciendo:

—Con la venia del Tribunal. Oye, Whitey, nuestras leyes se hacen y se aplican por esta corporación. Dichas leyes son justas y razonables. El que las quebranta tiene que responder ante este Tribunal. No hay escape.

Freddie, que presidía el Tribunal, se levantó y preguntó:

—¿Por qué ha sido esa pelea?

—Si no fué pelea — respondió Whitey.

—Tú te callas — le dijo Freddie—. Cuando te toque hablar, ya lo harás. ¿Quién dió el primero?

—¿Primero?—volvió a decir riendo Whitey—. El primer golpe fué el último, también... Esto panolis no resiste más de uno.

Al advertir la forma cómo hablaba, el padre Flanagan le dijo:

—Cuidado, Whitey, que aquí se castiga el insolentarse con el Tribunal.

El barbero expuso también sus razones diciendo:

—Desde que llegó aquí empezó a fastidiarme. Esta mañana se presentó en la barbería gritando: «Rapabarbas, tóname el pelo, masaje, todo el servicio».

—Es verdad—confesó Whitey—.

y por eso le di un sopapo, por embetunarme.

—Está bien — terminó diciendo Freddie—. ¿Sabes ordeñar vacas?

—No — respondió Whitey.

—Pues aprenderás, y durante tres meses ordeñarás tres vacas cada día. Este castigo es por insolentarte con el Tribunal.

El padre Flanagan intervino y dijo al Tribunal:

—Sugiero la idea de que por la pelea se castigue a los dos por igual.

—¿Hay cine esta noche? — preguntó Freddie.

—Sí: «El vaquero triunfador» — le respondió uno del Tribunal.

—Pues irán ambos, y permanecerán de espaldas a la pantalla. Ahora dense las manos en señal de amistad.

Whitey, que no quería dejarse vencer por aquellos muchachos, exclamó riendo:

—Sea. Estrecha la mano que va ordeñar las vacas.

Cuando terminaron en el Tribunal, el padre Flanagan se fué a su despacho, donde le esperaban el señor Burton y Daves. Aquél le enseñó las cuentas y el sacerdote, después de examinarlas, exclamó:

—Es un déficit aterrador. Pero ya hemos tenido otros y hemos salido bien de ellos, ¿verdad, Daves?

—El año pasado rechazó usted ochocientos niños por falta de espacio. Y ¿sabe usted cuántos de esos niños ofrecían pagar? Pues la tercera parte. Pero usted no admite sino al que no tiene nada. Deje que esos doscientos cincuenta padres, que quieren corregir a sus hijos, paguen por ellos, y estas cifras...

—¡Cifras! — respondió despectivamente el padre Flanagan—. Si no las hubiese ignorado no existiría esta ciudad. He admitido en ella a tumbantes y los he convertido en hombres útiles. Eso es servir a mi Creador y a mi patria.

—Es inútil — intervino Daves que conocía a fondo a su amigo—. No logrará convencerle.

«Boliche», ignorante de lo que estaban tratando, hizo su aparición en el despacho, y Burton se apresuró a decirle para que saliera y les dejase trabajar.

—Ahora, no, amiguito.

—Entra, «Boliche» — le dijo en seguida el sacerdote. Y volviéndose a Burton, le dijo:— Aquí mandan los niños, no nosotros.

«Boliches» corrió a la mesa del padre para buscar el caramelo y el sacerdote le dejó buscar hasta que por fin encontró el dulce. Mas antes de comérselo, el padre Flanagan le preguntó:

—Oye, «Bolíche», ¿te has limpiado los dientes?

El chico, sin atreverse a mentir, le respondió:

—Es que he perdido mi cepillo.

—¿Cuándo, «Bolíche»?

—Hace un par de días.

—Lo siento, «Bolíche». Ya veo que tu suciedad en los dientes es culpa mía.

Hizo sonar un timbre y apareció un muchacho, a quien el padre le dijo:

—Paul, ¿cómo hemos podido dejar a «Bolíche» sin cepillo de dientes?

Paul sonrió, comprendiendo lo que el padre quería decirle, y éste cogió unos cuantos caramelos más y se los entregó a «Bolíche», diciéndole:

—¡Oh, pequeño! Debo darte más dulces para compensarte de este olvido. Paul, ves a traerle un cepillo del depósito, en seguida... Porque si «Bolíche» no hubiera dicho la verdad, no hubiese venido a buscar el caramelo.

«Bolíche», antes de que Paul saliera en busca del cepillo, le detuvo, diciéndole:

—Tal vez pueda encontrar mi cepillo.

Como hablaba con la vista fija en el suelo, el padre Flanagan sonrió y le dijo:

—«Bolíche», cuando no me miras a los ojos será porque ya no me quieres.

«Bolíche», por toda contestación, le devolvió los dulces que le había entregado y se confesó diciéndole:

—Tenga, padre: no me los merezco, porque no he sido bueno.

El padre dejó que los volviera a poner de donde los había sacado, y cuando salieron los muchachos se volvió a sus dos amigos y los miró satisfecho, como queriéndoles decir si aquello se pagaba con todo el dinero del mundo.

Burton, nuevamente, insistió en su deseo de que acogieran en la casa a aquellos niños que sus familiares querían recluir en la Ciudad de los Muchachos, y el padre Flanagan le contestó:

—Entonces, ¿su consejo es que rechace al pobre y recoja al que paga?

—Exacto.

—Pues debemos hallar otra solución, porque ésa, la verdad, es imposible.

—Pues haga usted lo que quiera, pero yo no veo otra—terminó diciéndole Burton.

Daves se acercó a su amigo, y cogiéndole por un brazo cariñosamente, le dijo:

—¿Qué piensas hacer ahora?



—¿Ahora? Rogar a Dios. Nunca me ha abandonado. Él es el que mejor ayuda para realizar las buenas obras. También me ayudará ahora.

—Flanagan, yo creo que debes pensar las cosas mejor. Todo no se arregla rezando.

Pero en vista de que su amigo no se avenía a razones, salió acompañado de Burton, mientras que el padre Flanagan se quedaba solo, meditando, recostado sobre el alféizar de la ventana del despacho que daba a la carretera.

## LA HUIDA

DESDE donde estaba, vió a Whitey que iba por la carretera huyendo de la ciudad. Tras él vió a «Boliches», y el sacerdote comprendió que el primero huía de allí. Comprendía que era inútil quererle retener y sólo un milagro de Dios podía hacerlo.

«Boliches», tal y como había visto el padre, corría tras Whitey, diciéndole:

—¿Adónde vas?

—Me largo de aquí. Vuélvete, «Boliches», no me sigas.

—Somos amigos, ¿verdad? —le preguntó «Boliches». — Pues no te dejes.

—Anda, «Boliches» —le dijo desesperado el muchacho, viendo que

si «Boliches» seguía a su lado le sería imposible huir por el cariño que le había tomado—. Vete tú.

—Si tú te vas, llévame contigo. Yo no quiero separarme de ti —le decía el pequeño a medida que iban andando.

—No me fastidies, «Boliches»... Vete.

—No me iré sin ti —insistía «Boliches».

Se hallaban en el centro de la carretera y luchaban por desasirse el uno del otro, cuando de pronto cruzó un auto, y por muy de prisa que quiso frenar, no le fué posible detener el auto y «Boliches» recibió un golpe tan fuerte que cayó al suelo sin sentido.

Whitey, al verlo, corrió a levan-

tarlo, y al darse cuenta de que no volvía en sí, empezó a gritar y a llamarlo, diciéndole:

—¡«Boliches», háblame! ¡Soy yo, tu amigo! ¡No me iré, haré lo que tú quieras, pero háblame!

El accidente había sido presenciado por el padre Flanagan y varios muchachos, y todos corrieron a buscar a Boliche. Cuando llegaron encontraron a Whitey llorando amargamente, con el niño en los brazos y diciéndole:

—¡Por Dios, «Boliches», no te muevas... Háblame. ¿No ves que soy yo, tu amigo?... Dime algo...

Y desesperado exclamaba a continuación:

—¡La culpa ha sido mía!... ¡Debiera haberme atropellado a mí!...

El padre Flanagan oía a Whitey y comprendía que en el fondo de aquel corazón había sentimientos de ternura que hasta entonces nadie había sabido despertarlos.

El padre Flanagan cogió a «Boliches» en sus brazos y él mismo lo llevó a la enfermería, donde atortunadamente pudo comprobarse que no era tan grave como se suponía en un principio.

Pero aquello decidió más que nada a Whitey a huir de la ciudad. Comprendía que todos le mirarían mal después de su intento de fuga

y esperó junto a la carretera un buen rato hasta que pasó un auto y lo detuvo, diciéndoles a los ocupantes:

—¿Quieren llevarme hasta la capital?

—Buena, pon ahí la maleta y sube atrás—le dijeron.

Subió Whitey, y horas después, cuando ya era entrada del todo la noche, se encontró en la capital. Se hallaba solo y sin saber qué rumbo tomar. Empezaba a echar de menos la Ciudad de los Muchachos y sintió pesar por haber huido de ella.

Lo que no sabía Whitey era que su hermano, en uno de aquellos golpes de audacia que tanto nombre le habían valido entre los suyos, había conseguido huir de la cárcel y volver nuevamente a reunirse con su banda. Tal vez de haberlo sabido habría ido inmediatamente a buscarlo. Mas ignorante de esto recorría la población sin ganas de entrar en ninguna parte y como un alma en pena a quien van persiguiendo por todos lados.

Se acordaba del pobre «Boliches», del accidente que había tenido, y por primera vez en su vida sintió deseos de rezar para pedir a Dios por la salvación de aquel amiguito que tanto había demostrado quererle y para quien tan funesta había sido aquella amistad.

## UN ROBO EN UN BANCO

**S**E hallaba el pobre muchacho meditando todo aquello, cuando sonaron las sirenas de la Policía. Whitey conocía de sobras aquel silbido y antes de que pudiera hacer nada por huir se entabló un tiroteo entre los que robaban y la Policía. Resultado de aquel fuego fué que el muchacho recibió una herida en una pierna, al mismo tiempo que se escondía en el quicio de una puerta y, con sorpresa suya, vió salir del Banco a su hermano huyendo hacia donde él estaba. Al cruzar cerca de él le llamó, diciéndole:

—Joe... Joe... Soy yo, Whitey... Estoy herido.

Su hermano, al oírle, se volvió rápidamente y lo tomó en brazos,

sin darse cuenta de que se le caía el sombrero. Con él en brazos fué hasta una iglesia, lo puso allí sin que nadie le viera y le preguntó:

—¿No estabas en la Ciudad de los Muchachos?

—Sí, pero hoy me había escapado... Ahora comprendo que he sido un tonto.

Los demás individuos que habían cometido el asalto con el hermano de Whitey, se acercaron a ellos y le dijeron a Joe:

—Deja a ese muchacho. Vámonos.

—No puedo—respondió Joe—. ¿No comprendéis que está herido?

—¿Y piensas estarle aquí hasta que te pesquen?

—Se trata de mi hermano: No puedo abandonarlo.

—Pues nosotros nos vamos... Te esperamos en la taberna de Bogg. Esto no ha resultado muy bien y hay que largarse en seguida, antes de que la policía dé con nosotros.

Y luego, acercándose a Whitey le dijeron en tono de amenaza:

—Y tú a callar, ¡eh!... Tú no has visto nada, ni sabes nada... Ya nos entiendes.

De sobras sabía Whitey lo que querían decirle los compañeros de su hermano, aun cuando la recomendación y la amenaza sobaban en aquel caso, puesto que él jamás denunciaría a su hermano, le costase lo que le costase.

Los individuos de la banda salieron de la iglesia y quedaron solamente en ella Joe y su hermano, que le dijo:

—A ver lo que tienes.

El pequeño le enseñó la herida, y Joe pudo darse cuenta de que no era de gran importancia. Aquello lo tranquilizó algo y quiso vendársela. Whitey se opuso a ello diciéndole:

—No es necesario. Mejor es que te vayas.

—No digas tonterías—se negó su hermano. Esperemos a ver la forma de poder salir de aquí sin que nos vea nadie.

—No, Joe—insistió el pequeño—. ¿No comprendes que no tardará la policía y que te encontrarán conmigo? Es mucho mejor que te vayas tú. Ya me las arreglaré yo cuando lleguen ellos.

Afortunadamente, a aquellas horas de la noche no había nadie en el interior de la iglesia que pudiera verlos ni molestarlos... Los dos hermanos se hallaban solos y podían hablar tranquilamente sin temor a testigos de ninguna clase. Pero el tiempo apremiaba y de un momento a otro todo el barrio estaría lleno de policías haciéndole imposible la huida a Joe, que volvió a decirle:

—No debías haber abandonado la Ciudad de los Muchachos. Yo estaba tranquilo sabiéndote allí.

—Es que me aburría, pero ahora pienso que ojalá no hubiera salido nunca de ella—replicó Whitey, que se daba cuenta de la locura que había cometido.

—Oye, Whitey—le dijo cariñosamente su hermano—. Yo no quiero que tú seas un hombre como yo. Yo quiero que seas un ciudadano honrado, que no tengas que huir de la policía por nada. Si estás solo, por ahí encontrarás malas compañías y caerás en el delito, como yo he caído. Por eso quería que estuviéramos



en buenas manos y mandé que te llevarán a la Ciudad de los Muchachos. Debes volver a ella cuanto antes y no pensar más que en trabajar, como todos los que están allí y hacerte un hombre de provecho. ¿Verdad que lo harás así?

Whitey reclinó la cabeza sobre el hombro de su hermano. No quería que, ni aun él le viese las lágrimas que empañaban sus ojos en aquellos momentos. Cuando logró vencer un poco la emoción que le embargaba le respondió:

—Sí, Joe. Yo te prometo volver allí y hacerte perdonar de todos. He sido un tonto. Me he portado con algunos compañeros como un solenne chiquillo y procuraré reparar mi falta en todo lo que me sea posible.

Joe le acarició nuevamente. El único afecto que tenía en su vida era el que profesaba a aquel muchacho. No quería de ninguna forma que siguiera la misma ruta que él había llevado en su vida y mientras que lo acariciaba Whitey le dijo:

—Vete, Joe, no puedes esperar más. Es preciso que huyas. ¿De qué servirá que te cojan aquí? Te libraré una vez; pero no siempre tendrás la misma suerte.

Joe dudaba dejar a su hermano allí desamparado. Por otra parte comprendía que tenía razón. Su presencia allí no podía hacer nada en favor de Whitey y urgía tomar una determinación.

Las sirenas de los coches de los policías que se acercaban le hizo ver que solamente tenía unos minutos para huir. Whitey lo comprendió también y le suplicó:

—¡Por Dios, Joe!... Vete, corre, mira que no podrás salir de aquí. ¿No oyes las sirenas?

—Bueno, tú quédate aquí. Yo tengo que reunirme con los otros. Llamaré al padre Flanagan para que venga a buscarte.

Le dejó en la iglesia y desde el primer teléfono que encontró llamó al padre Flanagan sin decirle quién era y únicamente comunicarle la desgracia de Whitey.

Como es natural, el padre Flanagan fué inmediatamente a buscarlo, pero antes de que él llegara, los policías, siguiendo el rastro de sangre que había dejado el muchacho, dieron con él y se lo llevaron al hospital.

En cuanto que el padre Flanagan pudo hablar con él le preguntó:

—¿Qué ha pasado?... ¿Cómo te han herido?

Ni por un momento pasó por su imaginación la idea de que Whitey hubiera podido tomar parte en el asalto del banco. Estaba seguro que tan solamente una casualidad lo había conducido hasta el lugar del hecho y que luego la desgracia lo había hecho víctima de los disparos de los malhechores.

Whitey, a la pregunta del sacerdote guardó silencio. No quería hablar nada de cuanto se refiriese al asalto y pensó únicamente en «Bolíche». No lo había podido olvidar en todas las horas que había estado separado de él y fué lo primero que le preguntó al padre Flanagan.

—¿Y «Bolíche»?... ¿Cómo está?

—No te apures por «Bolíche» —le respondió el padre Flanagan—. «Bolíche» no tiene nada. Afortunadamente, la herida carece de importancia. Pronto podrá correr otra vez y volver a buscar el caramelo.

A pesar de su estado, Whitey sonrió al recordar la cara que ponía el chiquillo cada vez que iba en busca del caramelo y no lo encontraba.

Ninguna de aquellas reacciones se le escapaba al padre Flanagan. Cada vez estaba más convencido que Whitey poseía un corazón de oro y que lo único que le faltaba era encontrar la ocasión de poderlo

demostrar. El carácter de Whitey era desde luego bastante complejo, pero sabiéndolo encauzar, haciéndole vibrar aquellos sentimientos que se hallaban atargados en su alma, del chico podría sacarse mucho partido, mucho más que de otros que parecían moldearse a primera vista. Tenía sobre todo una cualidad esencialísima y era la de su espontaneidad y sinceridad. Era un muchacho que cuanto decía le salía del corazón y como antes de llegar al cerebro pasaba por la boca, lo largaba sin darse cuenta.

—Bueno—terminó diciéndole el padre Flanagan—. Ahora lo importante es que salgas de aquí y vuelvas otra vez a la Ciudad de los Muchachos. Allí te cuidaremos.

—Sí, padre—suplicó el chico—. Yo quiero ir otra vez allí. Quiero estar con «Bolíche».

Sonrió el padre Flanagan al ver el cariño que demostraba por «Bolíche» y salió para cumplir lo que le había prometido.

El padre Flanagan intervino y consiguió que lo llevaran al hospital de la Ciudad de los Muchachos, acompañado por la policía, que no se separaba de Whitey esperando que éste declarara. Pero ninguno de ellos sabía la astucia del muchacho,

que en cuanto quedó a solas con un policía, empezó a quejarse y a decir:

—¡Ah, me muero!... ¡Todo se acabó!

—¿Qué te pasa?—le preguntó el policía.

—Que quiero hacer una declaración.

—Muy bien. Di lo que quieras.

—respondió el policía dispuesto a tomar nota. Mas su desilusión fue grande cuando oyó al muchacho que seguía diciendo:

—Tráigame al padre Flanagan. Es el único a quien hablaré.

Salió el policía en busca del padre y éste entró poco después, diciendo al policía:

—Puede quedarse afuera.

Una vez junto a la cama de Whitey, el padre le dijo:

—Debes hablar y decir la verdad.

—Yo no sé nada, padre—respondió el muchacho.

—Tú lo sabes y debes decirlo. Piensa que por culpa tuya cerrarán esta Ciudad y que todos los que están aquí tendrán que salir de ella y serán unos desgraciados... ¿Verdad que hablarás?

—Yo no puedo hablar—respondió otra vez Whitey—, No sé nada.

—Entonces, ¿permitirás que pase lo que te he dicho?

Whitey guardó silencio. Comprendía que debía hablar, pero por otro lado comprendía también que si hablaba tenía que denunciar a su hermano, y eso tampoco lo haría por nada del mundo. Luchaba contra aquellos pensamientos, cuando el padre Flanagan le dijo:

—¡Qué mal hice aquel día en que te traje a la Ciudad! Hubiera sido preferible que te quedaras con los tuyos allí. De esa forma se salvarían los que están aquí y por tu culpa van a pagar pecados que no han cometido. Tú has sido el único cuyo corazón no he podido ganar. Por tu culpa, más de doscientos niños quedarán sin hogar... Dime, ¿qué parte tomaste en ese robo del Banco?

—Ya le digo que ninguna parte. Oí unos disparos... quise huir... y me alcanzó una bala. Alguien me llevó a una iglesia... Y eso es todo lo que sé.

—Sabes más—insistió el padre—. ¿Quién te llevó allí? Tú encubres al culpable. ¿Dejarás que doscientos niños sean lanzados al arroyo?

El chico no contestó a esta pregunta el padre, y éste siguió diciéndole:

—Está bien, Whitey. Me doy por vencido... Fué un día verdaderamente funesto el que viniste aquí. Un agente te vigilará hasta que seas entregado a la Policía.

Salió de la habitación donde se hallaba Whitey y lo dijo al policía:

—No puede hablar esta noche.

Al salir del hospital se encontró con Daves, que le dijo:

—Ocurre algo muy grave, Flanagan.

El sacerdote se le quedó mirando fijamente, comprendiendo a lo que se refería su amigo y pensando que lo más grave aun no lo sabía, que era la negativa de Whitey a hacer ninguna declaración.

—¿Qué es lo que ocurre, Daves? —le preguntó pausadamente.

—Pues que todo el mundo dice que el chico que huyó de la Ciudad de los Muchachos ha tomado parte en el asalto del Banco.

—¿Dicen esto?

—Sí. ¿Crees tú que es verdad?

—En estos momentos no puedo asegurarte nada, pero creo firmemente que Whitey es inocente y que nada tiene que ver con ese robo.

—¿Le has visto?

—He hablado con él.

—¿Y qué te ha dicho?

—Nada.

—¿Se niega a declarar?—preguntó Daves.

—¿A declarar qué?

—Su participación. ¿Qué es lo que quieres que declare?

—No ha declarado su participación, porque él no ha tomado parte.

—Menos mal—respiró tranquilamente Daves—. Así podemos estar tranquilos. Si él ha dicho quiénes son los responsables la reputación de la Ciudad de los Muchachos queda incólume.

—Pues eso es lo peor precisamente.

Daves se le quedó mirando sin saber lo que querían decir aquellas palabras, hasta que el padre Flanagan le dijo nuevamente:

—Lo peor de todo es que él sabe quiénes son. Se lo he leído en sus ojos, en la forma de negarlo. Ha sido una lucha que ha sostenido con el mismo. Aquí hay algo que yo no puedo aclarar, pero que sabré muy pronto.

—¿No ha declarado nada, entonces?... Pues el conflicto es peor de lo que yo me imaginaba. Tú no sabes cómo estará la opinión contra nosotros.

—La opinión, ¿por qué?



—Pues porque este asunto está dando mucho que hablar. Todo el mundo lo comenta y dice que la Ciudad de los Muchachos no responde a los fines para los cuales fue creada. Es algo espantoso.

El padre Flanagan sonrió. No era hombre que perdiera la serenidad ante los conflictos más graves y por esta razón la nerviosidad de Dave no se le contagió. Sabía que para resolver los problemas no había nada mejor que la calma y la reflexión. Perdiéndose la primera, malamente se podía hacer uso de la segunda y esta opinión que siempre había tenido de todas las cosas la mantuvo más aún.

Dave al ver que no se inmutaba por lo que le decía, insistió nuevamente:

—¿Tú te has dado cuenta de lo que supone el que ese chico no quiera hablar?

—Lo he pensado todo.

—¿Y has encontrado la solución?

—Ahora no, pero estoy seguro de que la tiene.

—¿Pero, cómo?

—El tiempo nos la dará.

—¡Bah! — exclamó desesperado Dave—. Siempre has de ser el mis-

mo— ¿Cuándo podrás cambiar y tomarte las cosas como son en realidad?

—Pues cuando deje de ser quien soy, y esto no será hasta que me muera.

—Fíjate que cuando el público se entera de que ese muchacho no quiere decir ni siquiera cómo ha sido herido...

—El muchacho, Dave, dice cómo fue herido, a su modo, pero lo dice. Lo único que se calla es el nombre, o los nombres, de los que le hirieron, que no es lo mismo.

—Para la gente es igual. Es tanto como declararse culpable.

—Lo mejor es que arreglemos este asunto con quien debe arreglarlo.

—Y ¿quién crees tú que lo puede arreglar? ¿Sabes de alguien que sepa quiénes son los ladrones?

—No, pero es preciso detener a la opinión.

Dave no cabía en sí de gozo. Casi puede decirse que era el más alegre y contento de todos, tal vez porque él había sido también quien más apuros había pasado al ver que la obra de la Ciudad de los Muchachos se venía a tierra con aquellas deudas que jamás creía poder saldar.

El padre Flanagan, al verle tan satisfecho, le dijo:

—¿Y ahora estás convencido de que todo tiene solución en el mundo?

—Sí, Flanagan — exclamó —: no puedo menos que confesar que tú eres un hombre excepcional. Como tú hay muy pocos en el mundo.

—No digas tonterías — le dijo el sacerdote.

—¿Acaso es una tontería decir la verdad? ¿Acaso es tontería decir que tú solo eres capaz de llevar a cabo la obra que has realizado?

El padre Flanagan, sin sentirse halagado por aquella admiración que le profesaba su amigo le dijo sonriendo:

—Nada de eso, querido Dave. Tan solamente hay una cosa en toda mi obra.

Dave le miró interrogativamente y el padre continuó:

—En mi obra solamente hay una fe muy grande en Dios, una gran seguridad en su misericordia y una gran voluntad por mi parte. Con fe todo se alcanza en este mundo.

—Es verdad — respondió Dave, que en todas las discusiones y conversaciones que tenía con el padre Flanagan terminaba dándole la ra-

zón —. Oye, ¿qué dirá ahora el señor Burtón?

—Que diga lo que quiera — respondió Flanagan —. El también se alegrará como nosotros. Ya sabes que en más de una ocasión ha pasado malos ratos con nuestros apuros.

—Y conste que el más grande de todos es el que nos ha dado ese demonio de Whitey.

—Y ya ves, ahora es el que siente más entusiasmo por la Ciudad de los Muchachos.

—Yo creo que será un alcalde modelo, si los muchachos les da por elegirlo.

—Y no andas muy equivocado — le respondió el padre Flanagan —. Yo creo que va a ser un candidato poco discutido.

—Pero él no querrá. No quiere hacer nada para que lo elijan. Dice que él quiere trabajar y nada más.

—Verdaderamente fué una gran acción la suya.

—Y ya verás cómo tiene recompensa en estas elecciones para alcalde. Ya lo estoy viendo ocupar el puesto — exclamó satisfecho el padre Flanagan.

—Vamos a ver a Hargraves. Lanza periódicos extraordinarios contra ti. Da el caso por sentenciado y a ti por perdido.

Iban a subir al auto que había llevado Daves para recogerlo, cuando se acercó a ellos un niño, en cuyo semblante se advertía la huella del hambre, y preguntó:

—¿Es aquí la Ciudad de los Muchachos?

—Sí, hijo mío—respondió el padre.

—¿Es usted el padre Flanagan?  
—preguntó nuevamente el pobre niño.

—Sí. ¿Vienes de muy lejos?

—Llevo una semana caminando, pero, gracias a Dios, ya llegué.

El padre Flanagan advirtió el cansancio y el estado del chiquillo, y le preguntó:

—Supongo que tienes hambre.

—Hay que darse prisa, Flanagan—le advirtió Daves, pero el Padre, sin pensar en otra cosa que en el estado del pobre niño que llegaba, llamó a Paul y le dijo:

—Dad de comer a este niño y una cama para dormir.

Montó en el coche con Daves y salieron hacia la casa de Hargraves, antes de que éste pudiera hacer nada en contra de la Ciudad de los Muchachos.

Whitey había ido pensando en

todo lo que le había dicho el padre Flanagan. Sentía un verdadero remordimiento al pensar que por su culpa iban a quedar sin hogar todos aquellos niños y decidió hablar. Mas para ello tenía que tener la seguridad de que su hermano estaba a salvo. Precisamente para obligarle a huir, pensó en ir a buscarlo a la taberna donde había oído decir que se reuniría con sus compañeros.

Claro está que el salir de allí era muy difícil, puesto que la puerta estaba vigilada por la policía y al lado de la cama había otro que no le dejaba. Pero como él tenía remedio para todo, empezó a quejarse lastimeramente y el policía le preguntó:

—¿Qué tienes?

—Que ya no puedo más... Me muero... Ahora sí que me muero... Busque a la enfermera.

El policía, creyéndole verdad lo que decía, salió en busca de la enfermera, y Whitey aprovechó aquel momento para saltar por la ventana y salir huyendo de allí.

Corrió a la taberna donde habían quedado en reunirse los ladrones, y su hermano, al verlo, exclamó:

—¿Cómo diste conmigo?

—Te oí nombrar esta taberna.



—¿Y a qué has venido?—le preguntó nuevamente su hermano.

—Pues porque quiero que huyas en seguida.

Su hermano se le quedó mirando, temiendo que Whitey los hubiera delatado, y le preguntó:

—¿Has hablado? ¿Has dicho dónde estábamos?

—No, no he hablado. No he dicho nada, pero pronto tendré que decir toda la verdad. No tengo más remedio.

—Pues huye con nosotros y así no tienes nada que temer—le propuso su hermano.

Verdaderamente, la solución que le daba su hermano era aceptable para salvarse él, pero en aquellos momentos Whitey no pensaba en sí mismo, pensaba en todos los otros muchachos que por su culpa quedarían sin hogar, y la conciencia le gritaba. Había algo en su interior, una voz misteriosa que le decía que su obligación era salvarlos, y por lo mismo le dijo a su hermano:

—No puede ser, Joe. Por mí van a cerrar esa escuela... Todos aquellos niños que no tienen hogar ni nadie que cuide de ellos, serán expulsados y quedarán en la calle. Yo no puedo hacer eso. No me importa lo que hagan de mí, pero no pue-

do permitir que los otros se queden sin hogar.

Su hermano le miraba extraño. ¿Era posible que en tan poco tiempo los sentimientos de Whitey hubiesen cambiado de aquel modo? Y ante aquella sorpresa no supo qué contestarle, por lo que su hermano siguió diciéndole con verdadera angustia:

—Te lo digo de veras, Joe... Vete, porque voy a contarlo todo.

Joe sintió que todo el afecto que siempre había tenido para aquel pequeño se hacía más fuerte en él. Comprendió que en aquella escuela se haría un hombre de bien y que se apartaría de la senda que él, tan desgraciadamente, había seguido, y le dijo abrazándolo:

—Por mí, que sea, chico... Vete. Nosotros escurriremos el bulto.

Y cuando acompañaba a su hermano hasta la puerta, los otros de la banda se interpusieron, pistola en mano, y les cerraron el paso diciéndoles:

—Alto. Nos iremos al amanecer, como se convino... Y el chico no sale de aquí antes, ¿entiendes?

No había más remedio que obedecer o dejarse matar. Aquellos individuos eran capaces de aquello y



mucho más, por lo que ni siquiera intentaron oponer resistencia. Joe sabía de sobras con quiénes trataba y sabía también que era inútil hacer un llamamiento a sus buenos sentimientos, porque no conocían otros

que el egoísmo personal de cada uno de ellos.

—Está bien—terminó diciendo Joe—. Nos quedaremos, pero mi hermano quedará libre en cuanto amanezca.

## LA ENTREVISTA CON HARGRAVES

**D**IFÍCIL era la carta que se iba a jugar el pobre sacerdote al enfrentarse con Hargraves. Este, apenas se enteró de lo del Banco y de que se hallaba complicado un chico de los de la Ciudad de los Muchachos, le faltó tiempo para tirar unas ediciones extraordinarias en cuyos grandes titulares decía: «Las Autoridades amenazan clausurar la Ciudad de los Muchachos. - Se sospecha que Whitey Marsh sea cómplice del robo del Banco.»

Antes de llegar el padre Flanagan a casa de Hargraves oyó pregonar estos periódicos por las calles, y pensó que el asunto se ponía mucho más feo de lo que él pensaba.

Decidido a tener la entrevista con el poderoso periodista, le hizo pasar

recado, y cuando estuvo en su despacho, le suplicó humildemente:

—Señor Hargraves, ¿por qué nos ataca antes de conocer la verdad?

—¿Acaso usted la sabe?—le preguntó irónicamente Hargraves.—¿Puede usted decir si ese muchacho es inocente?

—Whitey no quiere hablar, pero tengo el convencimiento de que es inocente.

—¿Y quiere usted que yo lo tenga también?

—No quiero tanto. Lo único que creo es que debería usted esperar hasta que supiéramos algo definitivo.

Hargraves reflexionó un momento antes de responder, y al fin le dijo:

—Oiga, padre. Todo el mundo

me agobia a preguntas sobre este asunto. Nadie ignora que soy su enemigo y si me callo dirán, y con razón, que olvido mis deberes de periodista. Eso yo no lo puedo consentir. Usted debe comprenderlo. Yo no tengo ningún interés en ir contra usted, pero mi reputación profesional está antes que nada... Compréndalo.

El padre Flanagan comprendía que aquel hombre tenía, hasta cierto punto, razón, y que no le podía exigir un silencio sobre un asunto de la importancia que había adquirido el robo del Banco. Pensando en ello, le dijo únicamente:

—Muy bien. Supongamos que mañana Whitey resulta que es inocente. Como amigo, ¿qué es lo que sentirá usted entonces?

—Pues, una verdadera alegría por usted. Sé lo que ello representa y será para mí una satisfacción—le respondió sinceramente el periodista.

—Pues todo lo que le pido, es tiempo.

—Y es lo que yo no le puedo conceder—le dijo Hargraves.

En aquel momento llamaron al periodista por teléfono y éste se puso al aparato. A medida que hablaba miraba fijamente al padre Flanagan, y éste comprendió en seguida que la conversación versaba so-

bre el mismo asunto del robo. Al fin, Hargraves le dijo, mientras seguía hablando:

—Su amigo Whitey ha escapado.

Siguió hablando y le volvió a decir:

—Otros dos alumnos huyeron con él.

Dejó el teléfono, y volviéndose hacia donde estaba el sacerdote, le dijo:

—Creo, amigo mío, que sobre este asunto no necesitamos hablar más. ¿Qué más prueba quiere usted de la culpabilidad de ese muchacho?

Llamó por el teléfono interior a uno de sus secretarios, y le dijo:

—Oigame, Reynolds... Whitey y otros dos escaparon de la Ciudad de los Muchachos. Ponga eso en tipos bien grandes. Además, haga un artículo criticando la estúpida piedad por los muchachos abandonados... Que todo salga en una edición extraordinaria.

El padre Flanagan comprendió que nada le quedaba ya por hacer. Todo su trabajo se venía al suelo en menos de veinticuatro horas. ¿Qué podría él alegar en defensa de aquel chico y de aquellos otros que habían huido? ¿Cómo poder probar la inocencia de todos ellos? ¿Sería acaso verdad que estaba él equivocado? Pero, no. Un sentimiento muy íntimo le decía que había obrado bien.

y que su labor, como toda obra meritoria y digna, tendría su recompensa más tarde o más temprano.

Salió de casa de Hargraves y subió al auto, en donde le esperaba Raven, quien le preguntó:

—¿Has conseguido algo?

—Nada—respondió el padre Flanagan.

—¿Y qué es lo que piensas hacer?

—No lo sé. Algo hay que hacer, pero ahora no sé nada. Llévame a la Ciudad. Quiero saber qué es lo que ha sucedido... Luego ya hablaremos.

Y sin cambiar una sola palabra más se fué hacia la Ciudad, pensando en lo que podría haber ocurrido para que aquellos otros dos muchachos huyeran también. ¿Los habría conquistado Whitey? Desechó esta idea y pensó que algo anormal era todo aquello y que lo mejor era enterarse antes de hacer conjeturas, como había hecho Hargraves.

No tardó en llegar allí, en donde le esperaba la sorpresa más grande de su vida, lo que él jamás hubiera podido suponer.



## BUENOS POLICIAS

A UN cuando Whitey creyó que nadie le había visto salir del hospital de la Ciudad de los Muchachos, no era así. En efecto, dos de los chicos de allí le vieron marchar campo atravesado, y pensaron que quería huir nuevamente para unirse a sus compañeros de banda, le siguieron de forma que nada sospechase él. Por fin le vieron entrar en la taberna, y una vez convencidos y seguros del sitio donde se escondía, volvieron a la Ciudad y corrieron por todos los dormitorios dando la voz de alarma y diciendo:

—¡Whitey está en la taberna!  
—avisaron lo que primeramente habían sido advertidos, y de esta forma pronto estuvieron en movimien-

to todos los muchachos de la Ciudad.

Armados de palos y de cuantos artefactos pudieron apoderarse, se dirigieron decididos a la taberna donde estaba Whitey. La intención de ellos era hacerlos cantar para que se supiese que los muchachos de allí eran incapaces de cometer ningún delito.

El único que no pudo acompañarlos fué el pequeño «Boliche». Este permanecía aún en cama, debido a las heridas sufridas en el accidente y esperando a que llegase el padre Flanagan para avisarle dónde habían ido.

Cuando llegó el sacerdote y vio todos los dormitorios vacíos, corrió en busca de las enfermeras y le preguntó a una de ellas:

—Hermana, ¿dónde están los chicos?

—No sé, padre—respondió, sorprendida.

—Pero, ¿usted no ha oído nada? ¿No los ha visto salir?

—No, padre—respondió cada vez más sorprendida la buena hermana.

Entonces fué cuando «Boliche» llamó al padre Flanagan y le dijo:

—Yo sé dónde están.

—¿Tú lo sabes, «Boliche»?—preguntó ansiosamente el padre Flanagan.—¿Dónde han ido?

—Fueron a la taberna de Bogg, en busca de Whitey.

—Iré a buscarlos—exclamó decidido el sacerdote.

—Por favor—suplicó «Boliche».

—Traiga a Whitey.

—Lo haré, «Boliche». Te prometo que vendrá él, y todos.

Echó a correr en dirección adonde estaba la taberna que le había indicado «Boliche», y por el camino se encontró con todos los muchachos, a quienes dijo:

—¿Adónde vais?

—En busca de Whitey. El ha cometido un robo y tiene que declarar quiénes han sido. Nosotros no podemos permitir que sobre la Ciudad de los Muchachos caiga ninguna acusación.

El padre Flanagan trató de con-

vencerlos de que aquello era una locura, y les dijo cariñosamente:

—Muchachos, con esto agravareis las cosas. Dejadme a mí solo.

—No, señor—le respondieron.—Capturaremos toda la banda.

—Pueden asesinaros—les dijo el padre Flanagan para obligarles a que desistiesen de sus propósitos.

—No nos importa. No pueden matarnos a todos. Con uno que quede para decir la verdad, basta. Usted es el que tiene que retirarse. Nuestras vidas no valen nada, pero usted tiene que vivir para todos los niños desamparados que hay por el mundo.

El padre Flanagan no pudo contener la emoción que le produjeron estas palabras, y exclamó conmovido:

—Dios os bendiga, hijos míos... Yo iré con vosotros.

Y, en efecto, a la cabeza de todos ellos, siguió el padre Flanagan, hasta que llegaron a la taberna y sorprendieron en ella a los de la banda, juntamente con Whitey.

Joe, al verse cogido lo mismo que los otros, llamó a su hermano y le dijo:

—Whitey, cuenta toda la verdad. Quiero que nadie dude de ti.

Entonces Whitey se abrazó al padre Flanagan y exclamó llorando a lágrima viva:

—Yo no tomé parte en el robo del Banco, pero no podía decirle nada por no traicionar a mi hermano.

—¿Y a qué vinistes aquí, entonces?—le preguntó el padre Flanagan.

—No vine aquí para huir con ellos, como puede creer. Vine para salvar a la Ciudad de los Muchachos. Debía decir a Joe que huyese antes de que yo confesara todo, pero los otros no me dejaron salir... He sido un canalla en la escuela, es verdad. Pero también es verdad todo lo que les he contado... Yo no podía delatar a mi hermano, padre.

El padre Flanagan y todos los demás chiquillos comprendieron la razón que tenía Whitey al no querer hablar, pero como la Policía no tardó en llegar, avisada de antemano por el propio padre Flanagan, las cosas quedaron aclaradas y el mismo Hargraves no tuvo ningún inconveniente en rectificar la opinión que había emitido horas antes sobre la Ciudad de los Muchachos.

Esto trajo consigo el que en los días sucesivos se hiciera una campaña en favor de la obra del padre Flanagan que produjo grandes beneficios para la Ciudad de los Muchachos. De todas partes enviaban donativos para sostener aquel centro de enseñanza, y los apuros eco-

nómicos del padre Flanagan fueron solucionados rápidamente.

Algunos días después tuvo lugar la elección del nuevo alcalde. Todos los muchachos, en vista del comportamiento de Whitey, le habían elegido a él, y éste rehusaba aquel honor no creyéndose digno de merecerlo. Sin embargo, el padre Flanagan les dijo a todos los electores, en una reunión que se celebró:

—He de comunicarles algo sorprendente. Hay aquí un muchacho que rehúsa todo puesto oficial. Es un chico exageradamente tímido. Pero no hay excusa para no obedecer. Nuestra ciudad lo exige y ningún muchacho puede rehúsa la llamada del deber. Yo pido que elijamos por aclamación a Whitey Marsh.

Todos los muchachos, puestos en pie, aclamaron al nuevo alcalde, y Whitey se vio obligado, no solamente a aceptar, sino también a hablar.

Sin embargo, su emoción era tan grande que no acertaba qué decir. Sentía que un nudo de lágrimas le atenazaba la lengua, y balbuceando, con gran esfuerzo, sólo pudo decir:

—Ojalá se me ocurriera algo que decirlos... y si se me ocurriera, ojalá pudiera decirlo... Trataré de hacer que... la Ciudad de los Muchachos...

No pudo continuar más. La emo-

ción era tan grande, que sintió unas ganas muy grandes de llorar, y se abrazó al padre Flanagan, diciéndole:

—¡Vaya alcalde que habéis nombrado!...

Y el padre Flanagan le abrazó amorosamente, mientras que elevaba los ojos al cielo dando gracias por la salvación de aquella alma y decía:

—Es verdad, Dios mío. No existe niño malo...

FIN

## ¿Qué le dijo?...

EL ÉXITO DEL AÑO

Nueva modalidad del chiste, de los célebres

## HERMANOS CAPE

Núm. 1.—"Voy sangrando lentamente"

» 2.—El elefante y la pulga

» 3.—Dedicado a los populares clowns musicales HERMANOS CAPE

» 4.—¿Qué le dijo el cliente al sastre?

» 5.—¿Qué le dijo el niño al barquillero?

» 6.—¡Pum! Mañana, luna nueva.

Precio

1'50 ptas.

PEDIDOS A

EDITORIAL "ALAS"

APARTADO 707 - BARCELONA



# Los artistas más célebres - Las grandes producciones - La mejor literatura

## EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

2 ptas.

Sigamos la flor	G. Rogers
El bailarín pirata	Charles Collins
Mamá se casa	Lil Dagover
Melodía de Broadway	Robert Taylor
Agüesta de amor	Gene Raymond
Vaulta de Arsénio Lupin	Warren William
Héctor Fieramosca	Cino Cervi
El mundo a sus pies	Lily Pons
Sepultada en vida	A. Nazario
Damas del teatro	Kath. Hepburn
Detectivo y compañía	Zasu Pitts
Señorita en desgracia	Fred Astaire
Defensores del crimen	Richard Dix
Aventura Pompador	Kate de Naji
El poder invisible	Boris Karloff
Melodía rota	Willy Birgel
Titanes del mar	Victor McLaglen
Cupido sin máscara	Ann Sothern
Maria Ilona	Paula Westely
Posada jamaica	Charles Laughton
El caso Vare	Clive Brook
Quimera de Hollywood	Joan Fontaine
Los tres vagabundos	Heinz Rühman

## EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

### SERIE ALFA

2'50 ptas.

Sabú, Toomas de los elefantes	Sabú
Tú cambiaras de vida	M. Redgrave
Los dos niños de París	C. Bantson
¿Es mi hijo?	Lil Dagover
La última avanzada	Cary Grant
Vacaciones juez Harvey	Mickey Rooney
Margarita Gautier	Greta Garbo y Robert Taylor
Mortal sugestión	Ann Harding
Una chica insuperable	Danielle Darrieux
Bajo manta de la noche	Edmund Lowe
Alarma en el expreso	M. Redgrave
Crimen de medianoche	Ramón Pereda
Los dos pilotes	Jacques Tavit
Pygmalion	Leslie Howard
Maria Estuarda	K. Hepburn
Cuidado con lo q. haces	Michael Redgrave
For la dama y el honor	Paul Lukas
El día que me quieras	Charles Candel
El signo de la Cruz	Ella Landi
El asesino invisible	Walter Abel
El pequeño lord	Fred. Bartholme
Tarzan de las fieras	Buster Crabbe
Albergo nocturno	Greta Garbo
El misterio de Villa Rica	Judy Kelly
Acusada	Dolores del Río
Ferja de hambres	Mickey Rooney

## BIOGRAFÍAS DEL CINEMA 1'25 ptas

Imperio Argentina	Estrellita Castro	Alfredo Mayo	Manuel Luna
Miguel Ligero	Melvyn Douglas	Antonio Vico	James Stewart

## BIBLIOTECA FILMS NACIONAL

2 ptas.

La última fella	Miguel Ligero
La reina mora	Maria Arias
Rinconcito madrileño	P. C. Velázquez
Maria de la O	Carmen Amaya
¡No quiero! ¡No quiero!	José Baviera
La canción de Aixa	Argentina
En tres hermanas	Lucita Gargallo
Bohemios	Emilia Allaga
Melodía de arabal	Argentina
Don Floripondio	C. Candel
En busca de una canción	Valeriano León
Los hijos de la noche	Luchy Soto
Leyenda rota	Miguel Ligero
Marringala	Juan de Orduña
Rapto en estado	Niño Marchena
Usted tiene ojos de mujer fatal	Celia Gámez
Tierras y cielos	R. de Sentmenat
¡Al-Al!	Maruchi Fréano
¿Quién me compra un fiol?	Inés de Val
Aixa de paz	Maruja Tomás
	Lola de Valois

## BIBLIOTECA CINE NACIONAL

### SERIE ALFA

2'50 Ptas

Carmen, la de Triana	J. Argentina
El sobre lucrado	L. Gargallo
La Dolorosa	Rosita Díaz
La Millona	R. de Sentmenat
Suspiros de España	Miguel Ligero
Gloria del Montayo (Luz de Aragón)	M. de Diego
El octavo mandamiento	Lina Vengra
Rumbo al Cairo	Miguel Ligero
El difunto es un vivo	Antonio Vico
Molinos de viento	Pedro Tardi
La alegría de la huerta	Flora Santacruz
El barbero de Sevilla	Miguel Ligero
Sol de Valencia	Maruja Gómez

## SELECCIONES

### BIBLIOTECA FILMS 1'25 ptas.

A la lima y al limón	Miguel Ligero
La Ferrada	Maruja Tomás
La Petonera	Juan Monfort
Vorbena	Maruja Tomás
Rosa de África	Rafael Medina
Noche de engaño	Amadeo Nazer
Cautivo del deseo	Leslie Howard
Flor de espino	Cracia de Triana

Pedidos a: **EDITORIAL «ALAS»** - Apartado 707, - **BARCELONA**

# CANCIONERO

## CANCIONERO - corriente

Precio: 50 cts.

MERCEDITAS LLOPRIU  
LUIS MANDAHINO (Tango)  
RODRI MUR (Jazz-Hot)  
RAMIRO RUIZ «RAFFLES»  
CONCHITA PIQUER (Agotado)  
NINA DE LINARES  
IMPERIO ARGENTINA (Alta)  
JUANITO VALDERRAMA

EL AMERICANO  
ROSA DE ANDALUCIA  
CARLOS GARDEL  
NINO LEON  
IMPERIO ARGENTINA (Carmen)  
ESTRELLITA CASTRO  
JUANITO MONTOYA  
CAMILIN

## Números extraordinarios

Precio: 75 cts.

LUIS MARAVILLA «LA COPLA AN-  
DALUZA»  
CANCIONES DE JAZZ-HOT

EXITOS DEL CINE AMERICANO  
MELODIAS MODERNAS DEL JAZZ  
(Agotado)

Precio: 1 pta.

EXITOS DEL JAZZ (Agotado)  
RITMOS DEL JAZZ  
IMPERIO ARGENTINA. CARLOS  
GARDEL  
MELODIAS DE MODA  
CANTE FLAMENCO (Agotado)  
RAFAEL MEDINA  
JAZZ y CANCIONES de MODA  
(Agotado)  
MUSA CUBANA «MACHIN». (Ago-  
tado)

EXITOS DEL MOMENTO «JAZZ»  
(Agotado)  
JAZZ-HOT «TRUDI BORA» (Ago-  
tado)  
JAZZ-HOT Ramón Evaristo y su  
Orquesta (Agotado)  
JAZZ-HOT Luis Duque y su Orques-  
ta (Agotado)  
JAIME PLANAS y sus discos vi-  
vientes.

Precio: 1'25 ptas.

LUISITA ESTESO  
JAZZ-HOT Orquesta Plantación  
H. GASTON y su ORQUESTA de  
JAZZ-HOT  
SELECCION de EXITOS de JAZZ-  
HOT  
CONCHITA PIQUER

TRUDI BORA JAZZ-HOT  
LUIS ARAQUE JAZZ-HOT  
PASTORA IMPERIO  
ANDRES MOLTO. JAZZ-HOT  
CANALEJAS  
TEJADA Y SU ORQUESTA. JAZZ

Precio: 1'50 ptas.

PEPE PINTO  
ADOLFO ARAZO. JAZZ-HOT  
MERCEDES VECINO. CINE-JAZZ

EXITOS DE LA RADIO  
GALATEA Y LUCES DE VIENA  
JULIO GALINDO. JAZZ-HOT

Pedidos a



Agotado 707

BARCELONA





2<sup>50</sup> Ptas.

